



1 de MAYO

HISTORIA Y SIGNIFICADO

José Babiano Mora

1deMAYO

HISTORIA Y SIGNIFICADO

José Babiano Mora

1ª edición: abril 2006

2ª edición: julio 2006

© Grupo Altabán S.L.
c/ Dionisio Guardiola 1, 4º
02002 Albacete (España)
altaban@ono.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler.

Impreso en España.

Ilustración de portada:
"El abrazo" de Juan Genovés

Diseño de la portada y maquetación:
Javier Hidalgo

Imprime:
Imprenta Junquera

ISBN: 84-96465-35-7

D.L.: AB-162-2006

*A la memoria de Pamela O'Malley y
de José Manuel Pérez Pena*

ÍNDICE

Presentación	9
Los orígenes	11
¿Y en España?	27
Desarrollo y consolidación de un ritual	31
Entre la revolución y el fascismo: el 1 de Mayo en el periodo de entreguerras	41
El 1 de Mayo durante las tres primeras décadas del siglo XX en España	49
En la Segunda República y la Guerra Civil española	61
Después de la Segunda Guerra Mundial	67
Bajo el franquismo	73
Desde la restauración de la democracia en España hasta hoy	83
Breve nota sobre una bibliografía sucinta	93

PRESENTACIÓN

Durante más de un siglo, el 1 de Mayo viene siendo una jornada de lucha y reivindicación. Se trata también de una fiesta, la Fiesta del Trabajo o de los trabajadores. Representa, junto a la bandera roja quizás, la tradición más universal y persistente del movimiento obrero, con sólidos rituales en cada celebración local o nacional. Todo eso es el 1 de Mayo. En tanto que tradición arraigó muy pronto entre la base de las organizaciones socialdemócratas que impulsaron su convocatoria a finales del siglo XIX; seguramente con más éxito del que esperaban sus dirigentes, como nos ha recordado el historiador británico Eric Hobsbawm. Surgió en el hemisferio norte y fue impulsado por los grandes partidos socialdemócratas de los países europeos occidentales más industrializados. La fecha, en el comienzo de la primavera en esos países y por lo tanto con el inicio del buen tiempo, facilita la participación periódica en manifestaciones, actos y fiestas populares al aire libre. Además, el inicio de la primavera se halla cargado de simbolismo. En efecto, en esas épocas se produce la renovación de la vida en la naturaleza, a través de la floración. El 1 de Mayo obrero simboliza, análogamente, la renovación anual de la fuerza de la clase trabajadora. Representa también la reformulación del ideal de cambio hacia una nueva sociedad, igual que la primavera trae un nuevo ciclo vital en la naturaleza.

El 1 de Mayo tiene su origen en un combate de enorme actualidad en el movimiento obrero, como es la lucha por la reducción del tiempo de trabajo. Más concretamente, hunde sus raíces en la batalla por la jornada de ocho horas y la campaña de los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso y ocho horas de formación. Desde el primer tercio del siglo XIX en Europa y Estados Unidos se habían registrado de manera recurrente movimientos parciales por la reducción de la jornada laboral que por entonces se situaba muy a menudo entre las 12 y las 14 horas diarias. En Europa, estos movimientos habían tenido lugar especialmente en Inglaterra, algo que no debe sorprendernos si se tiene en cuenta que había sido la cuna de la revolución industrial y era, por aquél entonces, el *taller del mundo*. Por esa razón se había desarrollado allí la clase trabajadora de una manera más temprana.

El 1 de Mayo responde, en todo caso, a un doble origen: norteamericano y europeo. En Estados Unidos, tras varios años de movilizaciones, en 1868 una ley federal instituyó la jornada de ocho horas para los trabajadores dependientes del Estado o que trabajaban para él. Las manifestaciones, huelgas y tomas de posición por la extensión de la jornada de ocho horas al resto de los trabajadores del sector privado continuaron en los años siguientes. En este contexto, se constituyó en 1881, en un congreso celebrado en la ciudad de Pittsburgh (Pensylvania) la federación

sindical que pasará a convertirse en la Federación Americana del Trabajo (American Federation of Labor, AFL). La AFL celebró su IV Congreso en la ciudad de Chicago, en 1884. Fue precisamente en ese congreso cuando de manera explícita apareció por vez primera la idea de organizar el primero de mayo una jornada de reivindicación obrera por las ocho horas. De manera más concreta, en una moción allí presentada se eligió el primero de mayo de 1886. Evidentemente los que votaron la resolución no eran conscientes en ese momento del alcance que tendría en el futuro y tampoco estaban imbuidos del carácter internacionalista que adquiriría.

¿Por qué optaron los congresistas de la AFL por ese día? El primero de mayo era conocido en los estados de Pensylvania y de Nueva York como el *moving day*. Es decir, se trataba de la fecha en la que concluían los contratos y se iniciaban los de la nueva temporada. Representaba, por lo tanto, el comienzo del curso laboral, vinculado a la contratación de nuevas obras y servicios. De manera que habiendo dispuesto el congreso un periodo amplio (desde octubre de 1884 hasta el 1 de mayo de 1886), para la entrada en vigor de las ocho horas, los patronos no pudieran alegar en su momento que desconocían esa propuesta de cambio en las nuevas bases de trabajo para la temporada 1886–1887.

La resolución del congreso de 1884 se ratificó al año siguiente en un nuevo congreso de la AFL, celebrado esta vez en Washington. Mientras tanto, otra organización obrera norteamericana, los Caballeros del Trabajo, se habían sumado a la campaña por las ocho horas. De este modo, se configuraron frentes sindicales unitarios de carácter local para llevar a cabo la propaganda. En 1885 volaba de mano en mano entre los trabajadores de las ciudades industriales norteamericanas una octavilla que decía:

Un día de rebelión, no de descanso! Un día en que con tremenda fuerza la unidad del ejército de los trabajadores se moviliza contra los que hoy dominan el destino de los pueblos de

toda nación. Un día de protesta contra la opresión y la tiranía, contra la ignorancia y la guerra de todo tipo. Un día en que comenzar a disfrutar de ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso y ocho horas para lo que nos dé la gana.

Según se fue acercando el 1 de mayo de 1886 se incrementaron las protestas laborales y la actividad sindical. En el mes de abril, a pesar de las recomendaciones de prudencia, estallaron una serie de violentas huelgas. La víspera del 1 de Mayo de 1886, el periódico de los emigraantes anarquistas de lengua alemana, *Arbeiter Zeitung*, publicó los siguientes comentarios, que muestran el nivel de radicalización imperante:

¡Adelante con valor! El conflicto ha comenzado. Un ejército de trabajadores asalariados está desocupado. El capitalismo esconde sus garras de tigre detrás de las murallas del orden. Obreros, que vuestra consigna sea: ¡No al compromiso! ¡Cobardes a la retaguardia! ¡Hombres al frente!

Cuando finalmente llegó la fecha prevista, se organizaron manifestaciones por todas partes, con el eslogan unificador de ¡8 horas de trabajo, 8 horas de descanso, 8 horas de instrucción! Hubo no menos de 5.000 huelgas y alrededor de 340.000 huelguistas. En el estado de Nueva York, en los diversos mítines, se pronunciaron discursos en inglés y en alemán, dada la diversidad nacional de origen de los trabajadores en un país de inmigración. En las fechas siguientes, como resultado de la movilización, hasta un millón de trabajadores norteamericanos vieron reducida su jornada sin que se les modificase el salario. Evidentemente, en las dimensiones de Norteamérica, se trataba de un porcentaje de trabajadores muy pequeño, por lo que la jornada de aquel 1 de Mayo, en términos de resultados concretos, tuvo un carácter modesto. Lo importante era, sin embargo, haber logrado unir a los trabajadores detrás de una consigna unitaria.

Por otra parte, ante la masividad de la manifestación que tuvo lugar en Milwaukee, las autoridades concentraron abundante fuerza pública. Los manifestantes reaccionaron arroján-

doles piedras y la policía respondió con una carga de fusilería, cobrándose nueve víctimas mortales. A su vez, en Chicago, el día 3 se vivieron acontecimientos de carácter trágico. Estos acontecimientos convertirían el 1 de Mayo en una fecha de resonancia mundial. Chicago era un ciudad especialmente dura en términos de condiciones de vida obrera. Al mismo tiempo, era el cuartel general del anarquismo norteamericano. Entre los trabajadores de la ciudad existía una arraigada cultura militante, de manera que estaban acostumbrados a los mítines y a las manifestaciones de masas, a los disturbios callejeros —en ocasiones con la participación de grupos armados de autodefensa—, al ondear de banderas rojas y negras y a la propaganda. Por eso el 1 de Mayo respondieron al llamamiento a la huelga realizado por diversas organizaciones. En los días siguientes todavía varias decenas de miles de trabajadores permanecían en huelga, mientras que otros debían afrontar un cierre patronal.

Un cierre patronal era, precisamente, lo que se había producido en la fábrica de maquinaria agrícola Mac-Cormik, de la que habían sido despedidos 100 trabajadores. La empresa contrató esquirols para sustituir a los huelguistas despedidos y recurrió a los servicios de la Pinkerton, una agencia de detectives que le proporcionó pistoleros armados, a guisa de policía privada, contra la plantilla. En la tarde del 3 de mayo, entre siete y ocho mil huelguistas se concentraron a las puertas de la fábrica en el momento del final del turno para insultar e intimidar a los esquirols que salían a la calle, tras concluir la jornada. Enseguida hubo choques con la policía y procedentes de la multitud sonaron tiros de revolver. A los disparos de los pistoleros de la Pinkerton se sumó la carga de fusilería de la policía. La muchedumbre acabó huyendo, pero en la refriega se quedaron seis muertos y medio centenar de heridos. A este sangriento episodio se añadieron detenciones masivas a lo largo de esa noche.

Al mismo tiempo y también en Chicago, los grupos anarquistas habían convocado un mitin en la plaza de Haymarket a

las siete y media de la tarde. El evento tenía un carácter pacífico y los convocantes pidieron que se acudiera sin armas al mismo. Se presentaron a la convocatoria unas quince mil personas. Se sucedieron diversas intervenciones de dirigentes obreros locales, transcurriendo todo en calma. Cuando la multitud comenzó a disolverse hizo acto de presencia la policía, actuando con inusitada contundencia. Todavía no había terminado su requisitoria para que se dispersase el gentío el oficial al mando, cuando cayó una bomba entre las fuerzas policiales. Cayeron muertos dos y otros seis morirían más tarde, a resultas de las heridas. A partir de ese momento se desató una violencia ciega. La policía abrió fuego contra la multitud dejando un balance de víctimas incierto, si bien pocos días después, las agencias de prensa se refirieron a medio centenar de militantes heridos mortalmente.

El estado de sitio fue declarado en Chicago y las autoridades procedieron a practicar detenciones masivas. Al parecer, el autor del lanzamiento de la bomba fue un anarquista alemán que no pudo ser localizado. Pero en su defecto, la justicia montó un proceso al anarquismo de origen alemán presente en la ciudad de Chicago, de manera que si no se castigaba al autor del atentado –cuestión que pasó a ser secundaria–, mediante un proceso ejemplarizante se podía extirpar de la ciudad el movimiento obrero de carácter revolucionario. Este tipo de procesos contra el movimiento obrero siempre se ha organizado de manera similar a lo largo de la historia; es decir, capturando a los dirigentes más significativos, montando un juicio–farsa en el que se presentan falsos testigos, se fabrican acusaciones falsas y finalmente, se dictan sentencias severísimas. La hipótesis de trabajo reside en que al descabezar el movimiento, éste acabará desapareciendo.

Efectivamente, bajo esas premisas tuvo lugar la detención y el posterior proceso de un grupo de dirigentes locales, entre los que estaban los editores del periódico obrero *Arbeiter Zeitung*. Se trataba de Spies, Fielden, Neebe, Fischer, Schwab, Lingg, Engel y

Albert Parson. Todos ellos eran militantes de origen alemán y algunos de ellos judíos. Concluido el juicio con todos los ingredientes de rigor incluida la presencia de testigos falsos, el 20 de agosto de 1886 los ocho acusados fueron condenados a la horca. A Schwab y Parson les conmutaron la pena capital por la cadena perpetua y a Neebe por quince años de prisión. La defensa apeló el 18 de marzo de 1887, pero en septiembre de ese mismo año el juicio quedó ratificado, ya que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos se negó a revisar el caso por defecto de forma en el proceso. Fuera de la sala del tribunal, uno de los miembros del jurado declaró cínicamente: les colgaremos igualmente. Son hombres demasiado sacrificados, demasiado inteligentes y demasiado peligrosos para nuestros privilegios. Esas palabras, pronunciadas al margen del procedimiento judicial son tal vez las que mejor caracterizan el juicio.

También los procesados tomaron la palabra antes de ser condenados. Augusto Spies, un orador apasionado, se dirigió al tribunal en los siguientes términos:

Hemos explicado al pueblo sus condiciones y relaciones sociales. Hemos dicho que el sistema del salario, como forma específica del desenvolvimiento social, habría de dejar paso, por necesidad lógica, a formas más elevadas de civilización. Al dirigirme a este tribunal lo hago como representante de una clase enfrente de los de otra clase enemiga. Podéis sentenciarme, pero al menos que se sepa que en Illinois ocho hombres fueron sentenciados a muerte por creer en un bienestar futuro, por no perder la fe en el último triunfo de la Libertad y la Justicia.

Y concluyó con estas palabras:

¡Mi defensa es vuestra acusación! Las causas de mis supuestos crímenes, ¡vuestra historia! (...) Ya he expuesto mis ideas. Constituyen parte de mi mismo y si pensáis que habréis de aniquilar estas ideas, que día a día ganan más y más terreno, (...) si una vez más ustedes imponen la pena de muerte por atreverse a decir la verdad yo les reto a mostrarnos cuándo hemos mentido. Digo, si la muerte es la pena por declarar la verdad, pues pagaré con orgullo y desafío el alto precio! ¡Llamen al verdugo!

Albert Parsons también consumió un turno:

Yo como trabajador he expuesto lo que creía justos clamores de la clase obrera, he defendido su derecho a la libertad y a disponer del trabajo y de los frutos del trabajo. Yo creo que los representantes de los millonarios de Chicago organizados os reclaman nuestra inmediata extinción por medio de una muerte ignominiosa. ¿Y qué justicia es la vuestra? Este proceso se ha iniciado y se ha seguido contra nosotros, inspirado por los capitalistas, por los que creen que el pueblo no tiene más orden que vuestras leyes, vuestra fuerza, vuestra autoridad. ¡Ahorcadme!

Las ejecuciones tuvieron lugar, finalmente, el 11 de noviembre de 1887. Dos días antes, otro de los condenados, Lingg, se suicidó en su celda. Los cadáveres de Spies, Parsons y Fisher fueron entregados a sus familias. Los féretros fueron conducidos al cementerio envueltos en banderas rojas y seguidos por un cortejo de seis mil personas. Al margen del entierro, hubo protestas de grupos minoritarios en algunas grandes ciudades norteamericanas del Este. Y eso fue todo. Sin embargo, seguramente, sin ese martirio hubiera sido mucho más difícil la popularización de la causa de la jornada de las ocho horas y, sobre todo, el 1 de Mayo nunca hubiera llegado a ser lo que ha sido. En cuanto a los condenados, en 1893 el nuevo gobernador de Illinois reconoció públicamente las irregularidades del proceso. Fielden, Neebe y Schwab quedaron en libertad, tras siete años de prisión. Los ejecutados quedaron rehabilitados públicamente.

La AFL, que en 1887 contaba con 200.000 miembros, siguió combatiendo por las ocho horas a través de una acción sindical a nivel nacional. Su presidente, Samuel Gompers, en el congreso de San Luis del año siguiente se refirió a la reducción de la jornada laboral, como un mecanismo adecuado no sólo para reducir el desempleo, sino para hacer más estables los empleos ya existentes y los propios salarios. En el congreso de la AFL de Boston, en 1889, se ratificaron las resoluciones anteriores, de manera que el 1 de Mayo quedó instituido

como una jornada reivindicativa por la reducción de la jornada laboral. En ese mismo año de 1889, durante tres jornadas celebradas en febrero, julio y septiembre, tuvieron lugar mítines en más de mil ciudades norteamericanas. En febrero de 1890 se celebraron más de quinientos. Mientras, las organizaciones del sindicato habían pasado de ochenta a trescientas. Gompers tuvo que intervenir personalmente a fin de moderar a algunas federaciones de rama que pretendían declarar la huelga general el 1 de Mayo de 1890.

¿Qué ocurría entre tanto fuera de Norteamérica? En Australia, en 1873 ya se había decretado legalmente la jornada de ocho horas en Tasmania y en Nuevas Gales del Sur. Aunque en su origen fue una colonia penitenciaria británica, Australia era a mediados del siglo XIX un país de inmigración. Sydney y Melbourne crecieron espectacularmente, desarrollándose el sector de la construcción de manera muy rápida. Como la mano de obra cualificada en la rama resultaba escasa, los albañiles y demás oficios lograron un gran poder contractual y se organizaron sindicalmente de forma extensa y rápida. Con salarios altos, orientaron su acción militante hacia la reducción de la jornada de trabajo. La campaña por esta cuestión surgió inicialmente a iniciativa de los sindicatos de Melbourne en 1853. Dos años después, en 1855, los trabajadores en Nueva Gales del Sur consiguieron que en sus contratos figurase la jornada de ocho horas. Ello estimuló el crecimiento del sindicalismo y en 1857, nueve ramas de actividad de la provincia de Victoria que habían conquistado las ocho horas decidieron organizar una manifestación en Melbourne. El motivo no era otro que celebrar los contratos firmados con anterioridad y que habían reducido la jornada. La manifestación tuvo lugar el 21 de abril. La conmoración volvió a repetirse ese mismo día bajo la fórmula de Fiesta de las Ocho Horas. Es decir, cuando en Europa comienzan las movilizaciones por ese objetivo, los trabajadores australianos ya habían empezado a disfrutar la reducción de jornada.

En Europa, mientras tanto, había cristalizado en las organizaciones obreras la demanda de la reducción de jornada. En Francia, en julio de 1880 tuvo lugar en París el congreso de la Región Centro del Partido Obrero Francés (POF). En su programa económico incluyó la reducción legal de la jornada de ocho horas para los adultos. Debe señalarse que este programa había sido redactado en Londres por Marx, Engels, Lafargue (yerno del propio Marx) y el dirigente francés Guesde y pasó a ser la carta constitutiva del Partido Obrero Francés, de manera que desde entonces, el movimiento obrero francés, de influencia guesdista, pasó a defender la jornada de ocho horas.

Tres años después, en 1883, en un célebre folleto explicativo del programa del POF, Guesde y Lafargue insistían en que el establecimiento de una jornada legal de trabajo era en Europa un asunto de carácter internacional. Concebían, por lo tanto, la cuestión de la reducción y regulación del tiempo de trabajo como una idea fuerza del movimiento obrero a escala mundial. De hecho, en el Congreso de Roubaix de 1884 el POF insistió en esa idea fuerza, abriendo internacionalmente a los trabajadores la idea de un compromiso común. Y en Europa fue justamente una reunión de carácter internacional la que establecería el 1 de Mayo como jornada reivindicativa. De hecho, surgieron dos convocatorias de congresos internacionales para 1889. Por un lado diversos congresos obreros franceses –en París, Burdeos y Troyes– se habían pronunciado por la conveniencia de celebrar un Congreso Socialista Obrero Internacional, en París ese año. Paralelamente, el Congreso Internacional de Londres había encargado a la Federación de Trabajadores Socialistas, de carácter posibilista, la organización de ese congreso. Sin embargo, el proceso preparatorio estuvo trufado de maniobras e incidentes a escala nacional e internacional entre las organizaciones de influencia marxista y el resto. Finalmente y a pesar de una reunión celebrada en La Haya con propósitos conciliatorios, no hubo acuerdo y se produjeron dos convocatorias. Las dos coin-

cidieron en París con el centenario de la revolución francesa, el 14 de julio de 1889. La elección de la fecha no puede verse como algo casual, pues el movimiento obrero europeo en general y el francés en particular, estaban desarrollándose al mismo tiempo que articulaban una retórica que le hacía heredero de la revolución, depositario de las tradiciones revolucionarias y continuador de las ideas de la Ilustración, aunque colocando, frente a la burguesía, el trabajo como eje vertebrador de los derechos y en definitiva de la nueva sociedad a la que aspiraba el propio movimiento. Además en esas fechas se celebraba la Exposición Universal en la capital francesa.

El primero de los dos congresos socialistas obreros internacionales de París se celebró en la sala de la Unión del Comercio y de la Industria, en la calle Lancry y estaba organizado por los socialistas posibilistas. El otro, tuvo lugar en la sala Pétrelle, en el número 24 de la calle del mismo nombre, trasladándose después de algunas sesiones a la sala de la Fantasías Parisienses, en el número 42 de la calle Rochechouart. Este segundo congreso estaba organizado por los socialistas partidarios de Guesde o guesdistas, un sector de los blanquistas (militantes radicales) y por la Federación Nacional de Sindicatos. Será, precisamente, en este segundo congreso en el que surja oficialmente el 1 de Mayo con carácter internacional.

En el congreso posibilista de la calle Lancry (que duraría hasta el 20 de julio), estaban representadas 369 agrupaciones y 612 delegados. De ellos, 521 eran franceses. Había delegaciones británicas, portuguesas, españolas y suizas. No había, por el contrario, delegados alemanes, asiáticos o latinoamericanos. También el congreso de la sala Petrelle concluyó el domingo 20 de julio de 1889. Desde el punto de vista sindical era menos representativo. Sin embargo, en él se dieron cita las personalidades más notables del movimiento obrero de la época: los alemanes Liebknecht, Bebel y Berstein; los franceses Guesde, Vaillant, Lafargue o Camelinat; el belga César de Paepe; el britá-

nico William Morris; el austriaco Victor Adler; el español Pablo Iglesias... En ambas salas estaban presentes militantes experimentados que habían pasado por la prisión, activistas proscritos o que acabarían dando con sus huesos en la cárcel; es decir, representantes genuinos de la causa internacional de los trabajadores. La importancia de estos eventos reside también en el hecho de que se trata del momento fundacional de la Segunda Internacional. Pronunciándose por principios idénticos, ambos congresos elaboraron un programa muy similar, en especial por lo que concierne al establecimiento de una legislación laboral internacional y la jornada de trabajo de ocho horas. Este aspecto de que la legislación tuviera un carácter internacional resulta esencial y los delegados le dieron una importancia estratégica capital.

En el congreso de los socialistas marxistas, en la última sesión del 20 de julio, fue votada por unanimidad una resolución que tendría un éxito histórico. Merece que se cite textualmente:

Se organizará una gran manifestación internacional con la fecha fija de manera que, en todos los países y ciudades a la vez, el mismo día convenido los trabajadores conminen a los poderes públicos a reducir legalmente a ocho horas la jornada de trabajo y a aplicar las otras resoluciones del congreso internacional de París.

Visto que una manifestación semejante ya ha sido convocada por la Federación Americana del Trabajo para el 1º de mayo de 1890, en su congreso de diciembre de 1888 en San Luis, se adopta esta fecha para la manifestación internacional.

Los trabajadores de las distintas naciones llevarán a cabo esta manifestación en las condiciones impuestas por la especial situación de su país.

Ningún delegado presente en la sala Prételle pudo imaginar que esta resolución, adoptada de forma más bien anodina, tendría la repercusión que alcanzó a escala mundial el llamamiento del congreso. Además, la resolución no implicaba que el llamamiento debiera renovarse cada año. Ésta es una decisión

adoptada con posterioridad. Empero era una convocatoria genuinamente internacional, votada por delegados de 21 países.

Al aproximarse el 1 de Mayo de 1890 se sucederán en cada país los llamamientos y convocatorias. Destaca el llamamiento francés por el hecho singular de que, junto a la dimensión de lucha y de solidaridad internacionalista, atribuye a la jornada del primero de mayo un carácter festivo, de Fiesta del Trabajo. Esta vertiente de festividad y celebración estaba completamente ausente del llamamiento del congreso socialista internacional de 1889. Por otra parte, siguiendo la lógica de aplicación flexible que indicaba el final de la resolución de París, en cada país se amoldará la jornada al contexto particular en el que se hallase.

Llegado el día, en París se dio cita una concentración al mediodía en la plaza Royale. Acudieron unos cien mil trabajadores. De esta concentración partió una delegación formada por dirigentes sindicales y diputados socialistas para dirigirse al parlamento, donde serán recibidos por el presidente de la Cámara al que le entregarán un pliego de reivindicaciones. Este esquema de concentración o manifestación callejera, seguida de la presentación ante las autoridades, por parte de los dirigentes políticos y sindicales del movimiento obrero, de una serie de reivindicaciones será un esquema típico de celebración del primero de mayo, tanto en Francia como en otros países europeos, como es el caso de España. Por lo demás, en la capital parisina, hubo a lo largo de la tarde de aquél 1 de Mayo de 1890 cargas de caballería y se registraron unas trescientas detenciones. En el resto de Francia, hasta en 138 localidades se celebró una manifestación.

Las manifestaciones revistieron un carácter masivo en las ciudades más industrializadas de Europa. Sin embargo, en Rusia y los Balcanes, este primer 1 de Mayo pasó desapercibido, al igual que fuera del continente europeo, con excepción de los Estados Unidos. En Alemania, se realizaron manifestaciones en las ciudades industriales como Hamburgo, Berlín, Munich, Dresde, Leipzig o Frankfurt. Se calcula que hicieron paros alrededor del diez por ciento de los trabajadores y miles de ellos fueron por

esa razón despedidos. En Austria–Hungría hubo barricadas. En Viena se concentraron varias decenas de miles de personas en el Prater. Hubo grandes manifestaciones en Praga y Budapest. En esta última capital, los sindicatos convocaron la huelga general y los trabajadores desfilaron con banderas rojas. En la capital rumana, Bucarest, se celebró una manifestación a la que acudieron tres mil personas. En Suiza se registraron manifestaciones en Zürich, Basilea, Lausana, Berna y Ginebra. A su vez, en Bélgica se desencadenó una huelga en la cuenca del carbón y se celebró un mitin en Gante y una manifestación en Bruselas. En Holanda tuvieron lugar reuniones en La Haya, Rotterdam y Amsterdam, mientras que en Portugal se organizaron sendas concentraciones en Lisboa y Oporto. En Italia, a pesar de la prohibición de manifestaciones y actos públicos hubo desfiles obreros en muchas ciudades, habiéndose sucedido los choques entre la policía y los manifestantes en Milán. En Polonia se produjeron paros en muchas fábricas. Mientras tanto, en Inglaterra, siguiendo la pauta de flexibilidad en función de los límites y posibilidades locales, las celebraciones se postergaron hasta el domingo día 4. Ese día se celebró en Hyde Park una concentración pacífica que congregó a trescientas mil personas. Por último, en las capitales escandinavas, donde se estaba asentando la socialdemocracia, se celebraron manifestaciones exitosas.

Desde un punto de vista general, el 1 de Mayo de 1890 sirvió para llamar la atención de las autoridades en diversos países sobre las condiciones de miseria y explotación de los asalariados. Así, por ejemplo, en Alemania, el káiser se vio obligado a abordar la cuestión social en su discurso del 6 de mayo de ese mismo año. En Francia, mientras tanto, la Comisión del Trabajo del parlamento propuso un paquete de leyes sociales que la cámara votó de manera acelerada.

Chicago y París son, por lo tanto, las dos ciudades en las que surgió el 1 de Mayo. Sin embargo, antes de proseguir debemos aclarar que en los Estados Unidos, aún produciéndose sucesivas

convocatorias en esta fecha, arraigó sobre todo el *Labour Day* (Día del Trabajo). Lo mismo sucedió en Canadá. No se trata del 1 de Mayo, pues se celebra el primer lunes de cada septiembre, de manera que en la actualidad es día festivo en Estados Unidos, conservando su significado inicial, mientras que la fecha del primero de mayo no se conmemora como jornada de los trabajadores. El *Labour Day* tiene su origen en Norteamérica durante la década anterior al primer 1 de Mayo en Europa. Surgió a partir de una moción aprobada en una reunión sindical de los Caballeros del Trabajo, el 8 de mayo de 1882 en Nueva York. La moción reclamaba que un día al año fuese proclamado como día del trabajo o fiesta general de las clases trabajadoras. El primer lunes de cada septiembre resultó la fecha escogida, por considerarla dentro de la estación del año más agradable, desde el punto de vista meteorológico. La moción mandataba asimismo a un comité para que organizara una manifestación que sirviera como demostración de la fuerza y del espíritu sindical de los trabajadores. La jornada debía cerrarse con un festival y una merienda al aire libre.

El primer *Labour Day* se conmemoró el 5 de septiembre de 1882 en Nueva York. Tuvo un gran éxito de participación popular y una vez concluido el desfile, varios conciertos al aire libre deleitaron a la concurrencia. Las celebraciones culminaron con una merienda colectiva también al aire libre. Muchos trabajadores tuvieron que esperar al final de su jornada laboral para poder sumarse a la merienda, dado que sus patronos les negaron el día libre. En el desfile, compacto y ordenado, menudearon las pancartas y las banderas, sobresaliendo los carteles a favor de la jornada de ocho horas. La iniciativa se repitió al año siguiente y en 1885 tuvo lugar en diversos centros industriales norteamericanos. A lo largo de la mitad de la década de 1880 varios estados de la Unión fueron declarando progresivamente el *Labour Day* como jornada festiva: Nueva York, Massachussets, Nueva Jersey, Pensylvania, etcétera. En 1894 se instituyó como

fiesta nacional en Estados Unidos. El Labour Day, en suma, tiene un origen paralelo al 1 de Mayo y un significado bastante similar en cuanto jornada de demostración de la fuerza de la clase obrera, de ritual identitario, de fiesta fraternal de los trabajadores y de ocasión para la reivindicación, como ponía de manifiesto la consigna de la jornada de ocho horas.

Aunque este inciso sobre el Labour Day norteamericano resultaba necesario, en la medida en que se trata de una fecha que sustituiría al 1 de Mayo en Estados Unidos y Canadá, lo que ahora nos interesa, precisamente, es esta última jornada. En tal sentido, más arriba hemos advertido la presencia del dirigente socialista español Pablo Iglesias en el congreso internacional de París, de la calle Pétrelle. Hay que entender, pues, que el Partido Socialista se corresponsabilizó para tratar de movilizar a los trabajadores con ocasión del 1 de mayo de 1890. El contexto de aquél primer 1 de Mayo estaba marcado por la debilidad de las organizaciones obreras y en el caso de localidades como Madrid, por la división y la mayor presencia del anarquismo, que no había participado en las reuniones de París del año anterior. Además, en la capital, el alcalde y el gobernador movilizaron alrededor de 2.000 guardias, en un ambiente de alarma social que había sido alimentado en las fechas previas por la prensa conservadora. Llegado el día 1 se cerraron muchos talleres y tajos y los colegios madrileños no abrieron. Sin embargo, el llamamiento anarquista a la huelga general se saldó con un fracaso. En la mañana del día 1 se celebró sin incidentes un acto en el teatro Rius. Por la tarde, la Sociedad de Albañiles celebró otro mitin en el Retiro. Una vez concluido se dirigieron en manifestación y entregaron al presidente de las Cortes, Alonso Martínez, un pliego de reivindicaciones obreras, de manera similar a lo que sucedió en París.

Los socialistas, sin embargo, habían pospuesto la convocatoria de manifestación para el día 4. De ese modo, en Madrid, después de un mitin también en el teatro Rius, desfilaron unos treinta mil trabajadores que entregaron una tabla reivindicativa al presidente del gobierno, Sagasta. A continuación, Pablo Iglesias pidió a la multitud que se disolviese pacíficamente y así lo hizo. En Burgos, Santander, Valladolid y Zaragoza el mismo día 4 hubo mítines y entrega de peticiones obreras a las autoridades —el gobernador o el alcalde, según el caso—. En Galicia se celebraron un par de mítines en La Coruña, acordándose en el segundo de ellos, la huelga general. No obstante, la represión gubernamental obligó a los trabajadores a volver a la normalidad negociando sector a sector. En Andalucía hubo mítines y manifestaciones, anarquistas el día 1 y socialistas el día 4, en localidades como Sevilla, Cádiz, Huelva, Linares, Jaén, Antequera y Málaga.

También se celebró el 1 de Mayo en las provincias vascas, organizado por los socialistas. Hubo paros y alteraciones laborales en Vizcaya. La normalidad se restableció el día 11 de mayo. Sin embargo, el 12 de mayo, la patronal vizcaína despidió a los socialistas que habían dirigido las movilizaciones mineras de las jornadas anteriores. Se desencadenó una nueva huelga en solidaridad con los despidos, por la reducción de jornada y en contra de los abusos patronales en los precios de las cantinas para los trabajadores. El día 14, la huelga tenía un carácter general en la cuenca minera. La tensión fue creciendo y el gobernador civil decretó el estado de guerra. Tras varios días de enfrentamientos entre huelguistas y la fuerza pública, la huelga finalizó el día 19, volviendo la normalidad absoluta a los tajos dos días después.

En Cataluña se involucraron en la celebración de este primer 1 de Mayo tres tendencias diferentes del movimiento obrero: los anarquistas, los socialistas del PS y los socialistas posibilistas de Las Tres Clases de Vapor. En Barcelona y alrededores se produjo un paro total. Los socialistas celebraron un

mitin en el teatro Tívoli y a continuación marcharon hasta el gobierno civil para entregar una tabla reivindicativa disolviéndose seguidamente de manera pacífica. La misma tarde del día 1 se celebró una reunión para decidir si continuaban los paros. Como en ella eran mayoría los anarquistas se decidió proseguir. El tono pacífico de la jornada se tornó entonces violento al intentar imponer el paro, provocando la respuesta de la fuerza pública. El estado de sitio fue declarado en Barcelona y la Guardia Civil tomó la ciudad. A pesar de ello, la huelga se prolongó hasta el día 12 y en algunos sitios hasta el 19 de mayo. En Valencia, donde también tenían peso los anarquistas se extendió el paro durante los días 1 y 2. El gobierno civil autorizó un acto anarquista para el día 3. Los paros se sucedieron hasta el día 9, practicándose más de noventa detenciones. Por su parte, los socialistas celebraron un mitin el día 4.

En general puede decirse que el primer 1 de Mayo fue un éxito de convocatoria en España, de manera que los trabajadores se movilizaron respondiendo a un llamamiento internacional. La presencia de anarquistas y socialistas en el movimiento obrero español marcó dos pautas de movilización. Por un lado, los socialistas trasladaron por lo general las manifestaciones y concentraciones al domingo día 4. A su vez, los anarquistas conservaron las convocatorias para el día 1 y a las manifestaciones, mítines y entrega de peticiones a las autoridades añadieron la convocatoria de paros, en la perspectiva de huelga general que fracasó. Por lo demás, las movilizaciones de estas jornadas no se tradujeron en resultados concretos a corto plazo para los trabajadores, e incluso las concesiones obtenidas al calor de la protesta se desvanecieron en poco tiempo.

Como ya hemos señalado, la resolución del Congreso de París, de 20 de julio de 1889 no tuvo en cuenta la posibilidad de que la jornada del 1 de Mayo se repitiese más allá de 1890. Sin embargo, el éxito de participación de la convocatoria hizo que diversas organizaciones nacionales del movimiento obrero europeo se pronunciasen en los meses posteriores por su reedición. Así, en el congreso de la socialdemocracia escandinava, de agosto de 1890, se adoptó una resolución en la que textualmente se decía:

El congreso, considerando los resultados de las manifestaciones del 1º de Mayo de 1890, recomienda repetir la manifestación como medio efectivo de obtener la disminución de las horas de trabajo, en especial si estas manifestaciones se combinan con un paro general del trabajo y no son solamente simples expresiones de opiniones.

Como se ve, la reducción del tiempo de trabajo seguía siendo la bandera del 1 de Mayo, que, en este caso, se entendía como jornada de lucha al plantear abiertamente la huelga general como ingrediente de la acción colectiva. En el mismo mes de agosto de 1890 el Partido Socialista Obrero Español, reunido en Bilbao, proclamó igualmente la necesidad de continuidad del 1 de Mayo. También lo hicieron el Partido Obrero Francés y la poderosa socialdemocracia alemana, en sus respectivos congresos del mes de octubre. Al mes siguiente se pronunciaron en la misma dirección los sindicatos textiles de Austria–Hungría y los

socialistas italianos. En diciembre, la socialdemocracia húngara hizo lo propio, reunida en Budapest. Por fin, en enero de 1891 votaron la reedición del 1 de Mayo las organizaciones obreras de Portugal y Suiza. Los sindicatos franceses, en su congreso de Calais, de octubre de 1890, fueron un poco más allá, invitando a los trabajadores a no hacer más que ocho horas de trabajo al día siguiente del 1º de Mayo, recomendando que siempre en la medida del medio y las posibilidades.

Llegado el 1 de Mayo de 1891, el movimiento obrero francés presentó dividido sus peticiones al parlamento, de manera que posibilistas y guesdistas organizaron en París dos delegaciones diferentes. Mientras tanto, los anarquistas fracasaron en el intento de organizar una manifestación propia. La jornada acabó en la capital francesa con una fiesta obrera por la tarde y sin que se hubieran producido paros y huelgas. En provincias, el 1 de Mayo afectó a más localidades que el año anterior, si bien presentó un carácter más violento debido a la intervención de las fuerzas policiales. De esa manera, en Clichy (a las afueras de París), la policía retiró de la calle banderas rojas y negras. La autoridad, pareció tomarla con las banderas, porque se abalanzó sobre los manifestantes que portaban otra de color rojo y entró en una taberna en la que había militantes enarbolando banderas para arrebatárselas. Hubo tumultos y detenciones, juzgándose a tres militantes algunos meses más tarde.

En Francia, el 1 de Mayo de 1891 es también el de la masacre de Fourmies, una localidad que contaba entonces con 15.000 habitantes. Los trabajadores habían previsto celebrar una asamblea por la mañana, para posteriormente una delegación presentar sus reivindicaciones al alcalde –entre ellas, la reducción de jornada–. Dentro de la dimensión festiva de la conmemoración, habían programado una función de teatro vespertina y finalmente, un baile popular en la media noche cerraría los eventos. Sin embargo, el ejército tomó la ciudad y desde la mañana intervino contra los piquetes de huelguistas.

Hubo cargas y detenciones. Por la tarde una manifestación pide la libertad de los detenidos. Los militares responden con armas de fuego, dejando diez muertos. El 4 de mayo, treinta mil personas acudieron al entierro y se sucedieron las protestas por toda Francia.

En Italia, el 1 de Mayo de 1891 se distinguió por la violencia. En Milán tuvo lugar una conferencia de forma pacífica, pero en Roma se incendiaron los cuarteles y hubo agitaciones durante ocho días. En Florencia hubo escenas de pillaje. El dirigente anarquista Enrico Malatesta fue condenado a un mes y medio de prisión. En Hungría hubo grandes huelgas y se paralizó el ferrocarril. En Rumania se organizó una manifestación de cuatro mil personas en la capital. En Alemania no hubo paros, sino asambleas vespertinas. La socialdemocracia convocó manifestaciones para el domingo siguiente, de manera que en Hamburgo participaron cien mil personas. También en el primer domingo posterior al 1 de Mayo se celebró la manifestación de Londres, que tuvo un carácter masivo.

En España el gobierno conservador de Cánovas del Castillo prohibió toda manifestación callejera. Los socialistas convocaron exclusivamente paros para ese día. En Madrid no tuvo éxito la convocatoria, siendo una jornada de normalidad. El día 4, sin embargo, varios oficios dominados por los anarquistas se declararon en huelga por las ocho horas de jornada laboral, prolongándose los paros durante un mes. En el País Vasco, Asturias y la zona de Levante este 1 de Mayo de 1891 obtuvo un escaso eco. En Cataluña, Andalucía y Aragón, donde había presencia anarquista, se produjeron sin embargo choques entre los trabajadores y las fuerzas de orden público, que se saldaron con detenciones y la clausura de los locales obreros.

Quince días después del 1 de Mayo de 1891 apareció la encíclica papal *De Rerum Novarum*. Había sido largamente preparada por el pontífice León XIII, pero no por casualidad se publicó en esa fecha. Aunque en ella no se hacía referencia al 1

de Mayo, se trata del texto de referencia del catolicismo social. Representaba una repuesta de la Iglesia católica a la cuestión social diferente del marxismo y del obrerismo anarquista, en un momento de expansión de la socialdemocracia a escala europea. Por emplear una comparación, puede asemejarse a una especie de Manifiesto comunista de los católicos.

El 1 de Mayo de 1891 se había renovado por iniciativa de organizaciones obreras nacionales. Sin embargo en agosto de ese mismo año, tiene lugar en Bruselas un Congreso Socialista Internacional. En él se confirió al 1 de Mayo su carácter anual, pero otorgándole una dimensión internacional muy clara. Además en la resolución congresual correspondiente se señala de forma expresa el carácter de celebración y, por lo tanto, festivo, de la jornada. Igualmente, junto al combate por las ocho horas, el congreso socialista otorga al 1 de Mayo una dimensión expresamente pacifista. Sin embargo, el Congreso Socialista Internacional no estuvo exento de polémicas en relación a la celebración de la jornada, enfrentando a los delegados alemanes y británicos, por un lado, frente a los austriacos y franceses, por otro. La socialdemocracia alemana había decidido previamente proponer que la manifestación se celebrara el primer domingo de mayo. Además, no querían ligar los paros a la fecha del 1 de Mayo. Los austriacos y franceses se negaron a todo cambio de fecha y defendían el paro para ese día, tal y como lo habían refrendado en sendos congresos nacionales previos. También discutió el congreso internacional los objetivos de la jornada, manteniendo al respecto la regulación de las ocho horas. Aunque habían constatado algunas reducciones legislativas de la jornada laboral, con posterioridad al Congreso de París de 1889, los delegados entendían que no se adecuaban a sus peticiones. Además, y esto no era menos importante, esta legislación no se cumplía.

El 1 de Mayo de 1892 fue domingo. En Francia, coincidió con una jornada electoral y grupos anarquistas minorita-

rios trataron en vano de boicotear la jornada, de manera que se sucedieron las manifestaciones en París y en provincias. En Londres volvió a congregarse una gran multitud en Hyde Park y hubo manifestaciones en Manchester y otras ciudades. En Bélgica, la jornada se centró, además de en las ocho horas, en la petición de extensión del sufragio. En Suiza hubo manifestaciones encabezadas por banderas rojas. En Alemania, una manifestación reunió en Hamburgo a cien mil personas, mientras que en otras ciudades hubo mítines en salas engalanadas de rojo, con un carácter festivo. En Austria se registraron asambleas por la mañana en Viena y una concentración vespertina. En Hungría la policía ocupó las salas reservadas por las organizaciones obreras impidiendo la celebración de reuniones. En Lodz, en Polonia, hubo una huelga entre el 2 y el 9 de mayo que se saldó con una sangrienta represión. Fuera de Europa, hubo manifestaciones en Sidney, a pesar de la reducción de la jornada laboral en Australia. También se celebraron actos en Brasil y en Norteamérica, de manera que en Chicago la policía retiró de los espacios públicos las banderas rojas colocadas previamente por las organizaciones obreras. La jornada resultó, en conjunto, una amplia expresión de la pujanza del movimiento obrero a escala internacional.

En el Congreso de la Internacional Socialista de Zurich, en agosto de 1893, la socialdemocracia, además de mantener los objetivos de las ocho horas y la paz entre los pueblos como divisa del 1 de Mayo, definió la jornada como una fecha para la autoafirmación de la clase trabajadora y para la expresión de su firme voluntad de lograr la transformación social. Se trata de la introducción de nuevos elementos que, más que reivindicativos, se caracterizan por su dimensión fuertemente identitaria. El 1 de Mayo, en ese sentido, renueva la fe del movimiento obrero en una nueva sociedad sin explotación y en la que el trabajo, como fuente de riqueza y de creatividad, sea el principio rector de la futura organización social. También es el momen-

to para demostrar su fuerza e influencia y advertir a la propia burguesía. Asimismo, hasta la bancarrota de la Primera Guerra Mundial, los partidos y organizaciones socialistas se caracterizarán por su pacifismo y antimilitarismo, de los que harán gala particularmente con ocasión del 1 de Mayo.

En lo que resta del siglo XIX y en los primeros años de la nueva centuria se consolidará la celebración del 1 de Mayo en las ciudades industriales de Europa, Norteamérica y Australia. Se irá extendiendo también por las urbes de América del Sur, en países como Brasil o Argentina, donde el movimiento obrero comienza a organizarse a partir de la llegada de emigrantes europeos –singularmente italianos y españoles– de tendencia socialista y anarquista. Algunos de estos años su celebración, por rutinaria se convertirá en anodina, con un cierto descenso de la participación obrera en países como Francia. En España desde 1892 hasta finales de siglo se mantuvo la prohibición de manifestaciones callejeras, por lo que la celebración se redujo a mítines, actos y veladas socialistas en locales cerrados. Los anarquistas españoles criticaban esta orientación en sus manifiestos y mítines. Como había sucedido hasta entonces, en Inglaterra y Alemania se tendió a la celebración de manifestaciones el domingo siguiente al 1 de Mayo. Continuó en diversos países la presentación de cartas con peticiones obreras a las autoridades, tras la celebración de eventos como concentraciones o mítines, como era el caso de los 1 de Mayo socialistas en la capital de España. En la medida en que cuajó el carácter festivo de la celebración, la jornada se completaba con veladas teatrales, bailes populares o meriendas campestres a las que acudían las familias obreras. Por supuesto, los paros y huelgas también trufaron estos 1 de Mayo en diversas ocasiones y puntos geográficos.

En 1904, en el contexto de la guerra ruso-japonesa, cobró un especial relieve el carácter pacifista que le venía imprimiendo a la jornada, tanto la Internacional Socialista como los partidos nacionales afiliados a ella. Además, ese mismo año, el

Congreso de la Segunda Internacional invita a las organizaciones afiliadas a insistir en que los paros deben acompañar al 1 de Mayo. Aunque era una mera invitación, sin fuerza ejecutiva, la Internacional trataba de que los paros y huelgas que venían salpicando la jornada tuviesen igualmente un carácter coordinado. De ese manera, la huelga también unificaría al 1 de Mayo en el plano internacional. En 1906 el 1 de mayo recobró un nuevo ímpetu bajo la consigna de no trabajar más de ocho horas a partir de esa fecha. Hubo una oleada de paros como resultado de dicha propuesta, aunque correlativamente también se reactivó la represión en diversos países de Europa y en Estados Unidos.

Por otra parte, según avanza el siglo, hacia 1914 se van incrementando el militarismo y la guerra. En ese contexto, el 1 de Mayo se colocará progresivamente bajo el signo de la lucha por la paz, desplazando a la consigna de las ocho horas. Así, por ejemplo, en 1911 la aventura colonial de Francia en Marruecos, otorga una gran importancia a la protesta contra la guerra de los trabajadores franceses en ese 1 de Mayo. Sería el 1 de Mayo de 1914 el último que se celebraría antes de la proclamación de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, ni el 1 de Mayo, como demostración de la fuerza de los trabajadores, ni la acción de las organizaciones obreras lograron detener la guerra en Europa y cuando ésta estalle, las grandes organizaciones de la socialdemocracia se alinearán con sus respectivos gobiernos, como es bien conocido.

Así pues, el 1 de Mayo de 1915 tiene lugar después de nueve meses de guerra, cuando las víctimas del conflicto se elevan ya a más de un millón de muertos y tres veces más de heridos. Antes de 1914 la Internacional Socialista había resuelto en dos congresos consecutivos que los parlamentarios socialistas, en caso de guerra, debían intervenir con el objetivo de que concluyera lo antes posible, además de aprovechar la crisis provocada por el estallido bélico para agitar a la población con miras a

derribar la dominación capitalista. Pero no fue tal la orientación seguida por los dirigentes socialdemócratas. Los trabajadores, a su vez, o bien habían sido desplazados a las trincheras o estaban pendientes de que les movilizaran. En ese contexto, las manifestaciones del 1 de Mayo de 1915 fueron episódicas y de carácter excepcional. El periódico de la socialdemocracia alemana recomendaba no hacer paros esa jornada y el partido, en contra de la costumbre, no publicó ninguna edición especial para la ocasión. En Francia, los dirigentes del POF y de la CGT hicieron declaraciones contra el imperialismo alemán.

El 1 de Mayo de 1916 tendrá lugar después de las conferencias socialistas de Zimmerwald y Kienthal. Aunque de manera minoritaria, surge una izquierda socialista comprometida con el pacifismo. En Francia aparecen en esa fecha periódicos obreros y socialistas que claman contra la guerra, como *Le Populaire*, el *Journal du Peuple* o *Unión des Métaux*. En Italia se produjeron paros de manera generalizada que afectaron incluso a la industria de guerra. El periódico del Partido Socialista Italiano lanzó un saludo al 1 de Mayo, a los hermanos de clase y vivas a la Internacional. En Alemania, la izquierda socialista distribuye un llamamiento de Liebknecht, de manera que alrededor de un millar de personas, entre las que destacaba un nutrido grupo de mujeres, se concentraron en Berlín gritando contra la guerra y cantando la Internacional. Hubo numerosos arrestos. Tuvieron lugar asimismo en este 1 de Mayo de 1916 huelgas en Rusia, concentraciones en Praga y Viena y protestas obreras contra el lockout patronal en Noruega. En fin, a pesar de la catástrofe, minorías obreras en diversos países en guerra reavivaron el recuerdo de esta jornada, dándole una orientación combativa, pacifista e internacionalista.

La Revolución rusa de febrero de 1917 marcó indeleblemente el 1 de Mayo de aquel año. En la misma Rusia la jornada presentó una vitalidad, una espontaneidad y un entusiasmo que probablemente no se volverán a repetir. Aunque según el

calendario ortodoxo, se estaba a mediados de abril, el sóviet de San Petersburgo decidió armonizar la fecha con el calendario occidental, de manera que la autoafirmación de los trabajadores y la demostración de su fuerza coincidiera en todas partes, a pesar de la guerra y del fracaso de la Segunda Internacional. En Rusia, además, era día festivo y el mando militar ordenó a las tropas que participaran en los desfiles obreros con música y orquesta, en razón de la celebración del día internacional de los trabajadores. En la misma San Petersburgo tuvo lugar una marcha de varios centenares de miles de personas que desfilaron entonando cánticos revolucionarios. Los mítines se sucedieron desde las tribunas dispuestas a lo largo de la marcha o desde camiones. Las discusiones públicas duraron hasta el atardecer en una jornada que transcurrió en ausencia de disturbios. En el resto del territorio ruso también se celebró la jornada con gran entusiasmo, mientras que los soldados enarbolaron banderas rojas en los frentes y en muchos acuartelamientos desfilaron con sus propias pancartas.

Entre el resto de países contendientes, Austria-Hungría se destacó por los paros en este 1 de Mayo. En Viena la huelga tuvo un carácter general y se celebraron numerosos mítines en los que se abordaba el tema de la guerra, de la penuria y el hambre en la retaguardia y de la necesidad de llegar a un acuerdo de paz. Por la tarde se celebró la manifestación central tradicional. En Budapest y las grandes ciudades húngaras cerraron talleres y negocios y no aparecieron los periódicos. Una gran manifestación tuvo lugar en Budapest.

En Alemania, el gobierno, temiendo que las manifestaciones del año anterior fueran más extensas, concentró a las tropas y acordonó militarmente los edificios oficiales en Berlín. A su vez, las autoridades militares advirtieron que los paros en la industria de guerra serían considerados como crímenes de alta traición y como tales se castigarían. En esas condiciones, la jornada transcurrió en calma, salvo si se tiene en cuenta que

algunos grupos de mujeres empleadas en la industria militar hicieron huelga en Berlín y Leipzig. En Italia este 1 de Mayo tuvo una incidencia menor que al año anterior. Se registraron reuniones y conmemoraciones, pero no hubo grandes manifestaciones callejeras y los paros alcanzaron una incidencia muy pequeña. Hubo paros en Ginebra, Zurich y Berna, dentro de la Confederación Helvética y manifestaciones en la propia Suiza, así como en las capitales escandinavas: Copenhague, Estocolmo y Oslo.

ENTRE LA REVOLUCIÓN Y EL FASCISMO: EL 1 DE MAYO EN EL PERIODO DE ENTREGUERRAS

Tras el armisticio del 11 de noviembre de 1918, en Alemania se proclamará la república, mientras que Europa conoce una gran efervescencia social. La mística de la revolución, después del octubre ruso de 1917, así como el empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores como resultado de los desastres de la guerra, alimentan esa efervescencia que, a su vez, se traduce en un tumultuoso avance de las organizaciones sindicales y en el estallido constante de huelgas. Es la época de esplendor del sindicalismo revolucionario en Europa, que se prolongará hasta el ascenso del fascismo en los años treinta. Al mismo tiempo, en la inmediata posguerra, Europa conocerá la sacudida de un ciclo revolucionario: la revolución en Alemania, la breve república revolucionara en Hungría, las ocupaciones de empresas y los consejos en Italia o la huelga general de 1917 en España, son algunos de los episodios que configuraron ese ciclo. Tras la estela de la movilización obrera, se sucede una nueva oleada de legislación social, que incluye el establecimiento legal de las ocho horas en países como Alemania, Polonia, Rusia, Finlandia, Austria, Francia o Checoslovaquia.

Para 1919 en París y en el resto de las ciudades francesas, los paros y manifestaciones revistieron una magnitud sin precedentes. En la capital la manifestación de la tarde había sido prohibida. Los sindicatos hicieron caso omiso de la prohibición y hubo cruentos choques con la policía que se saldaron con cen-

tenares de heridos –entre ellos el dirigente de la CGT Jouhaux– y un par de muertos. Numerosos manifestantes fueron llevados a consejos de guerra. En Gran Bretaña, la manifestación de Londres recobró las dimensiones masivas de antaño y en ella participaron numerosos trabajadores uniformados que acababan de ser desmovilizados del frente. En Glasgow hubo un desfile de cien mil trabajadores y trabajadoras. En Rusia tuvo lugar una enorme manifestación en Moscú. En Estados Unidos hubo choques violentos entre la policía y los manifestantes en Nueva York, Boston y Cleveland. En Alemania, el gobierno había decretado el 1 de Mayo fiesta nacional, de manera que en Berlín desapareció ese día toda actividad laboral. También en Hungría se convirtió en día festivo, mediante decreto gubernamental. En general, en los núcleos urbanos de Europa y América, ondearon las banderas rojas y resonaron los himnos obreros aquel 1 de Mayo de 1919. Por otra parte, el Tratado de Versalles, que tendrá lugar poco después, en julio de ese mismo año, fijará como primer punto del orden del día de la Conferencia Internacional del Trabajo, a celebrar en Washington, la aplicación de la jornada de ocho horas como principio. El siguiente 1 de Mayo, el de 1920, tuvo la misma pujanza que el año anterior, con la peculiaridad de que se registraron numerosas huelgas en países como Francia y Gran Bretaña.

En adelante, el 1 de Mayo se verá afectado por la escisión que representó la Tercera Internacional en el movimiento obrero y por la creación de la Internacional Sindical Roja, de inspiración comunista. De este modo llegará a haber enfrentamientos físicos entre militantes socialistas y comunistas con ocasión del 1 de Mayo después de 1928 en Alemania. Igualmente los Partidos Comunistas y sus sindicatos rojos, emprenderán acciones minoritarias, ajenas a los actos de masas de las grandes federaciones sindicales, como colocar la bandera roja coronando edificios oficiales y fábricas. Será perceptible también que la oleada revolucionaria remitirá drásticamente a partir de 1922,

mientras que nuevos nombres se añaden a la nómina del ritual, como el caso de Shanghai y Pekin que en 1923 se incorporan por primera vez a las celebraciones del 1 de Mayo. Moscú y Berlín seguirán protagonizando las manifestaciones más numerosas a lo largo de los años veinte. En 1927 la jornada es fiesta legal no sólo en la URSS, sino en Austria y Checoslovaquia. Mientras, las prohibiciones rigen en la Italia fascista, en Hungría, en Lituania y en China. A pesar de ello, cien mil trabajadores salen en Shanghai a la calle y el doble en Hankao, manifestándose a favor de la revolución china. En Moscú, entre tanto, la manifestación del 1 de Mayo se viene reduciendo cada vez más a un desfile militar, según progresa la burocratización del régimen soviético. Al año siguiente, en 1928, la Internacional Sindical de Ámsterdam advertirá, con ocasión del 1 de Mayo, del peligro que corre la aplicación de la norma de las ocho horas. Aunque la Internacional Sindical Roja coincide en diagnosticar ese mismo peligro, de un modo sectario culpa, sin embargo, a la Internacional de Amsterdam de ser cómplice de la situación. Forma parte de la política sindical comunista del llamado tercer periodo de la Tercera Internacional, que transcurrirá desde ese año hasta 1934, con los prolegómenos de los frentes populares en Francia y España y la participación unitaria del PC español en las jornadas revolucionarias de octubre de ese último año.

Sin embargo los años treinta del siglo XX fueron a su vez testigos del ascenso del fascismo por un lado y del estalinismo por otro. El 1 de Mayo no permaneció ajeno a estos fenómenos paralelos. Italia se hallaba bajo la bota fascista desde octubre de 1922. Mussolini prohibió a partir de entonces las manifestaciones del 1 de Mayo. Decretó, alternativamente, el 21 de abril como Fiesta Nacional y del Trabajo porque, supuestamente, tal fecha se correspondía con el nacimiento de Roma. Sin embargo, a pesar de una represión rigurosa, el 1 de Mayo de 1923 hubo paros en Milán, una bandera roja fue colocada en una de las torres más altas de Turín y estallaron

bombas en Trieste y Nápoles. A su vez, se registraron tumultos en Calabria.

Diez años después es Alemania la que está bajo la dominación nazi desde el 30 de enero de 1933. En todo el mundo, el movimiento obrero vive el 1 de Mayo de ese año bajo el signo de la catástrofe alemana. Mientras tanto, Hitler, que ya se había apropiado de la bandera roja modificándola con la incrustación de la cruz gamada, se apropia igualmente del otro gran símbolo de la clase trabajadora; es decir, se apropia del 1 de Mayo. En efecto, mediante un decreto, declara esa fecha como Jornada Nacional del Trabajo. Transforma así una jornada autónoma y libre de lucha y celebración de los trabajadores en un día de colaboración de clases obligatoria, de concentración también obligatoria bajo el signo de la cruz gamada y del nacionalsocialismo. Sin embargo, esta apropiación del 1 de Mayo por parte del nazismo nos indica hasta qué punto había logrado esta jornada cristalizar como un ritual obrero profundamente arraigado y universalmente extendido. El régimen nazi no puede obviarlo, por eso lo toma y lo pervierte transformándolo.

Hitler, que conocía perfectamente el recurso de la movilización de masas, utilizó todos los resortes del poder y los mecanismos de terror a su disposición para organizar el 1 de Mayo de 1933 una colosal manifestación en Berlín. La fecha cayó en lunes, pero durante toda la semana anterior estuvo preparándose. En las empresas, las organizaciones nazis y los colaboradores de la policía insistieron a los obreros en que debían marcar sus tarjetas en Tempelhof, lugar de la concentración, so pena de despido. En las oficinas del paro y en las agrupaciones nazis hubo igualmente este tipo de presiones. Se sucedieron concentraciones y desfiles previos convenientemente orquestados. La prensa y la radio lanzaron llamamientos y discursos, además de loas a la política social del Tercer Reich. A los trabajadores de los servicios públicos se les obligó a trabajar en la decoración de la ciudad, colocando guirnaldas con la cruz gamada, pancartas

con eslóganes hitlerianos y montando arcos del triunfo con los colores imperiales. Los edificios oficiales fueron profusamente adornados con banderas. En este ambiente se celebró la reunión del Lustgarten y la posterior concentración de Tempelhof. Sólo algunos panfletos hostiles y una edición precaria y clandestina del órgano del Partido Comunista –Bandera Roja– llamando al boicot apenas turbaron las ceremonias. De hecho y de manera incomprensible por su grado de servilismo, los líderes sindicales socialdemócratas, sumidos en el terror y en el desamparo, se felicitaron de que el régimen nacionalsocialista hiciese suyo el 1 de Mayo y recomendaron a los afiliados de la confederación sindical AGDB a participar en los actos oficiales convocados.

Así las cosas, en el Lustgarten, hubo un discurso de Goebbels y otro del viejo mariscal Hindenburg. Los aviones sobrevolaron el lugar. En Tempelhof se dio cita la plana mayor del estado y del partido. La multitud se agolpó en las tribunas y en el césped. Unas doscientas mil personas acudieron desde la región berlinesa. Una parte de ellas recorrieron hasta doscientos y trescientos kilómetros para acudir al evento. Unos altavoces puestos al máximo volumen narraban el desarrollo de la ceremonia. Tras el atardecer, se anuncia que intervendrá el Führer. Su discurso está plagado de antimarxismo, antisemitismo y chovinismo, añadiendo algunas promesas demagógicas de tinte social. Concluido el discurso, mientras se dispersa la multitud, unos fuegos artificiales coronan la jornada.

Al día siguiente, a pesar del derrotismo de los dirigentes sindicales alemanes, Hitler hizo detener a cincuenta de ellos y ordenó a las secciones de asalto que ocuparan los locales obreros y se incautaran de sus bienes inmuebles y de sus cuentas. Era el prelude de la destrucción sistemática del sindicalismo y de todas las organizaciones de la clase obrera alemana. Paralelamente, el régimen endureció las condiciones de trabajo. De este modo, con la ayuda de la policía, se constituyó una oficina especial para combatir el sabotaje en el trabajo. A su vez,

se decretó una bajada de salarios de manera que facilitara la competitividad de la industria alemana en los mercados internacionales.

El 1 de Mayo nazi se institucionalizó a partir de entonces. En 1935, por ejemplo, nuevamente en Berlín se concentraron por la mañana en el Lustgarten los jóvenes hitlerianos. Fueron arengados por el propio Hitler y por Goebbels. Nuevamente en el campo de Tempelhof se celebró una enorme concentración vespertina. Esta vez se reunieron alrededor de un millón de personas. La estética militarista, la oratoria agresiva, el encuadramiento marcial o la presencia del ejército, en el contexto de una coacción extrema, caracterizaron el ritual nazi del 1 de Mayo.

Mientras tanto, tras el fracaso de la insurrección obrera de Viena en febrero de 1934, Austria se vio sometida al régimen fascista de Dollfuss que el 1 de Mayo de ese año lleva a cabo detenciones masivas de carácter preventivo, de modo que sólo en Viena se registran 3.500 arrestos. También en el Japón, bajo el régimen autoritario imperial se producen detenciones preventivas en Tokio y Yokohama el 1 de Mayo de 1934. Por lo demás, en el Ecuador de la década de los años treinta, el 1 de Mayo se convertirá en una cita en la que se repetirán las refriegas entre los manifestantes y la policía, en ciudades tan dispares como Gante, Sofía, La Habana, Nueva Dheli o Bombay.

El 1 de Mayo de 1936 fue el de la unidad obrera y el Frente Popular en Francia y España. En Francia había tenido lugar en París una multitudinaria manifestación por la unidad en París el 14 de julio de 1935. Luego, en febrero de 1936 se produjo en el congreso de Toulouse, la unidad sindical, con la entrada de la CGTU, comunista, en la CGT. Llegado el 1 de mayo hubo paros importantes en la capital, aunque sin afectar a los servicios públicos. En el mismo París tuvo lugar un mitin con la asistencia de treinta mil personas y una concentración que agrupó a otras quince mil. En provincias hubo desfiles callejeros en ciudades como Lille o Marsella. El 1 de Mayo de 1936 fue en Francia el

preludio de la victoria electoral del Frente Popular y de la huelga general de junio en la que se sucedieron las ocupaciones de fábrica y que se saldó con una programa amplio de reformas sociales favorables a los trabajadores.

En España el 1 de Mayo se celebró ese año poco tiempo después de la victoria electoral de febrero del Frente Popular. En aquella primavera la tensión social iba en aumento, después de que los presos políticos hubieran sido liberados por las masas tras las elecciones y de que, de manera espontánea, los campesinos de la España meridional comenzasen a ocupar las tierras sin esperar a reforma agraria alguna. Progresivamente fue creciendo la violencia política. El 1 de Mayo se manifestaron en Madrid medio millón de personas. Las banderas rojas se mezclaron en el cortejo con la tricolor de la República y los manifestantes expusieron sus reivindicaciones al presidente Azaña. Dos meses más tarde un sector del ejército se alzó en armas contra la República dando inicio la guerra civil.

Mientras tanto, ya nos hemos referido al entusiasmo del primer 1 de Mayo en la Rusia revolucionaria y el carácter de desfile militar que irá adquiriendo en función de la burocratización del régimen y de la amenaza exterior a la Unión Soviética. La jornada fue declarada fiesta oficial y la manifestación de Moscú sería tradicionalmente una de las más concurridas del mundo. El 1 de Mayo de 1933, por ejemplo, se inauguraron una gran cantidad de fábricas y hubo intercambio de delegaciones obreras entre unas ciudades y otras. En Moscú las avenidas se engalanaron con enormes retratos de Marx, Engels, Lenin y el mismo Stalin, dando fe de ese modo del fenómeno del culto a la personalidad. También tuvo un hueco en esta iconografía el dirigente del Partido Comunista Alemán, Thaelmman, prisionero de los nazis. Los aviones sobrevolaron la ceremonia, en la que hubo música, radio y fuegos artificiales. La manifestación fue masiva y compacta y desfilaron autos blindados, carros de combate y artillería ante el mausoleo de Lenin. Los sol-

dados profirieron un juramento de lealtad a la patria soviética y Vorochilov se encargó de pronunciar el discurso oficial. Sin embargo todo ello no podía hacer olvidar cuánto había cambiado en este día de autoafirmación del trabajo en provecho de la burocracia estalinista.

EL 1 DE MAYO DURANTE LAS TRES PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX EN ESPAÑA

Aunque acabamos de citar el 1 de Mayo español de 1936, en relación con la victoria de los frentes populares en Francia y España, conviene que volvamos la mirada hacia atrás para analizar brevemente el desarrollo de esta jornada desde comienzos del siglo XX hasta la llegada de la Segunda República. Debemos comenzar señalando que el gobierno mantuvo, salvo durante el periodo comprendido entre 1891 y 1902, una postura de tolerancia hacia las manifestaciones y paros de esta jornada. En Madrid, el gobernador civil prohibió las manifestaciones hasta 1903, pero ese mismo año, los trabajadores desafiaron la prohibición y se manifestaron. Al año siguiente la manifestación tendría ya un carácter legal en la capital como ya lo tenía en el resto del territorio español. Luego, a partir del golpe de estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923, se abrirá un paréntesis de orden represivo. En efecto, con ocasión del 1 de Mayo del año siguiente, el Directorio prohibió las manifestaciones en la vía pública y se aseguró, mediante la coacción, que los trabajadores acudiesen a sus ocupaciones. Asimismo se señaló que la jornada no tenía carácter festivo y que, por lo tanto, era obligatorio acudir al trabajo. De este modo, bajo el régimen de Primo de Rivera, sólo estuvieron permitidos legalmente los actos en locales cerrados y la entrega de peticiones a las autoridades por comisiones restringidas de representantes de los trabajadores.

A lo largo de estas tres décadas el 1 de Mayo se preparaba minuciosamente por las organizaciones obreras, especialmente por el Partido Socialista y la UGT. Por lo común, las direcciones de ambas organizaciones solían reunirse en el mes de abril para fijar el programa de la jornada. En las vísperas del 1 de Mayo difundían un manifiesto en el que se recogían las reivindicaciones que habrían de presentarse a los poderes públicos a la vez que llamaban a la participación. En los años en que se convocaba manifestación —es decir, hasta la llegada de Primo de Rivera—, la comisión organizadora se encargaba de solicitar los permisos pertinentes y en el propio manifiesto difundido en las vísperas se señalaba el lugar que cada sindicato y oficio debía ocupar en el cortejo de la manifestación.

La manifestación era, sin duda, la actividad más característica de la jornada. Solía celebrarse por la mañana, tras el mitin en el que se planteaban las reivindicaciones obreras. Por lo común comparecían bandas de música que amenizaban el trayecto y acompañaban los himnos obreros que entonaban los manifestantes. Sólo durante la Primera Guerra Mundial se suspendió la música en las manifestaciones y las banderas rojas lucieron crespones negros, en señal de duelo por los trabajadores caídos en los campos de batalla europeos. Las manifestaciones concluían con la entrega del pliego de reivindicaciones en el ayuntamiento o en el gobierno civil y, en el caso de Madrid, al presidente del gobierno. Los socialistas consideraban la manifestación como un acto contra la patronal, en el que se proclamaba la solidaridad de los trabajadores frente al capital y el anhelo de lograr una sociedad más justa. Es decir, la manifestación del 1 de Mayo tenía el doble propósito de expresar, por un lado, la demanda de una serie de derechos y, por otro, manifestar y fortalecer el espíritu de solidaridad y fraternidad entre los trabajadores. El fortalecimiento de lazos no era sólo entre los trabajadores, entendidos como los varones cabezas de familia (los *bread winners*), sino que se involucraban las propias

familias en su conjunto, incluyendo a las mujeres y los niños, dándole a la conmemoración un fuerte sentido comunitario. Además, a partir de 1910 se sumaron a las manifestaciones en diversos años los republicanos, toda vez que se había producido una coalición electoral entre ellos y los socialistas.

En 1913 y 1914 tuvieron un protagonismo especial en la manifestación las mujeres. El primero de esos dos años, la encabezaron los niños de las escuelas laicas y las damas rojas, que entonaban la Internacional, la Marsellesa y otros himnos. En 1914 Clara Zetkin, responsable de las mujeres en la Internacional Socialista, efectuó un llamamiento especial para que participaran a lo largo y ancho del mundo en los desfiles del 1 de Mayo. En 1915 tuvo lugar una nueva iniciativa, destinada a recaudar fondos para el periódico del Partido Socialista. Se trataba de la Fiesta de la Flor Roja; es decir, se vendieron rosas y claveles de ese color a lo largo de la manifestación con el propósito de recaudar dinero.

Todavía teniendo en cuenta el aspecto de las manifestaciones, conviene recordar aquí la del 1 de Mayo de 1921, por dos razones. En primer lugar, porque en ella expresaron los trabajadores la exigencia de responsabilidades ante los desastres ocurridos en la aventura colonial en Marruecos. Estos desastres afectaban particularmente a los propios trabajadores, pues a ellos eran a los que reclutaban para combatir, mientras que las clases poderosas podían evadirse del servicio militar mediante el pago de determinadas sumas de dinero al erario público. Para colmo, la corona estaba directamente implicada en la guerra del norte de África. En segundo lugar, las manifestaciones de 1921 se caracterizaron porque tuvieron lugar diversos incidentes, como resultado de la reciente escisión comunista en el PSOE. Los enfrentamientos y la desunión entre socialistas y comunistas volvieron a repetirse en las manifestaciones de Mayo de 1922 y 1923. Al año siguiente y hasta 1930 no volverían a repetirse las manifestaciones callejeras, tal y como hemos señalado más arriba.

Muy ligados a las manifestaciones estuvieron los mítines políticos de la jornada. Hasta la suspensión de aquellas, los mítines las precedieron. Aunque en los primeros años, en el caso de Madrid, el parque del Retiro fue el escenario elegido para la celebración del acto, con posterioridad solieron desarrollarse en lugares cerrados como el salón de actos de la Casa del Pueblo. A partir del final de la Primera Guerra Mundial y a lo largo de la dictadura de Primo de Rivera, en lugar del mitin central en la capital se celebraban diversos mítines en las diferentes barriadas madrileñas. En el mitin, los dirigentes exponían al auditorio obrero las reivindicaciones del momento, que tras la posterior manifestación, entregaban a las autoridades.

Pero, ¿cuáles fueron esas reivindicaciones? Dado que el 1 de Mayo tenía un carácter eminentemente internacionalista, las reivindicaciones redactadas por el PSOE y la UGT —los anarquistas no elaboraban tablas reivindicativas para presentar a las autoridades, como veremos un poco más adelante—, escapaban un tanto a la coyuntura española, mientras que expresaban la posición que tanto el partido como el sindicato de Pablo Iglesias ocupaban en el contexto de la Internacional Socialista. Los socialistas, con su conjunto de consignas del 1 de Mayo pretendían movilizar, concienciar y armar políticamente a los trabajadores. Durante la primera década y media del siglo XX, esas consignas se centraban en exigir al Gobierno el cumplimiento de la legislación laboral propuesta por el congreso de la Internacional Socialista celebrado en París en 1889, añadiendo paulatinamente nuevas exigencias.

Se trataba de una serie de reivindicaciones de carácter inmediato y al mismo tiempo eran bastante moderadas. Pretendían mejorar la situación de los trabajadores: reducción de la jornada de trabajo de manera legal; abolición del trabajo nocturno e infantil; supresión de los destajos, de las agencias de colocación y del pago en especies; descanso semanal ininterrumpido de 36 horas semanales; vigilancia de los talleres, de

los establecimientos industriales y de la manufactura a domicilio a cargo de inspectores pagados por la Administración... Sobre este conjunto se fueron añadiendo una serie de reivindicaciones. Así, en mayo de 1903 se expresó la solidaridad con los trabajadores de la República Argentina. Allí el gobierno había dictado una norma de expulsión de los extranjeros y los obreros reclamaban su derogación con el fin de poder continuar trabajando y residiendo en aquél país. Al año siguiente, las organizaciones socialistas, añadieron a las consignas de carácter internacional la petición de la supresión de los consumos, unos impuestos indirectos que gravaban los artículos de primera necesidad y al Ayuntamiento de Madrid le exigieron medidas de higiene urbana y alimentaria para mejorar el entorno habitacional y urbano de los trabajadores. En 1905, a la plataforma de tinte internacional se añadieron reivindicaciones centradas en la resolución del desempleo y de la carestía de la vida.

Paulatinamente a las reivindicaciones de reforma y de protección social se sumaron consignas de significado más político. Así, por ejemplo, el 1 de Mayo de 1911 se reclamó la revisión de los procesos de los condenados a muerte con motivo de la Semana Trágica de Barcelona, de julio de 1909. Aquellos sucesos tuvieron su origen en la protesta por el envío de tropas a Marruecos y en una serie de huelgas. También se pidió en 1911 la reforma del Código de Justicia Militar y la Derogación de la Ley de Jurisdicciones. En cuanto a la jornada de ocho horas apareció en las plataformas del 1 de Mayo de manera invariable hasta 1919, que es la fecha en que se consiguió su establecimiento legal.

Sintetizando, puede decirse que hasta 1915, en lo que concierne a las reivindicaciones, las aprobadas en el congreso socialista internacional de 1889 en París dominaron las plataformas socialistas del 1 de Mayo, con la incorporación paulatina de una serie de consignas variadas entre las que se incluían las de orden político, las relacionadas con el aumento de los precios, con el

Ejército –en tanto que las levas tenían un abierto carácter clasista– o con la guerra colonial en Marruecos.

Entre 1915 y 1920 se va a insistir más en reivindicaciones obreras relativas a la accidentalidad laboral y a la jornada en los diversos sectores de actividad, como la minería o el transporte marítimo. La solución del problema del paro, el cese de la represión de las sociedades obreras y el rechazo al carácter del Ejército, además de a la presencia militar en Marruecos completaron la agenda del 1 de Mayo durante esos años.

A partir de 1921 se observa un giro en las reivindicaciones socialistas del 1 de Mayo. Este giro tiene lugar debido, al menos parcialmente, a la culminación de la legislación protectora por parte del Estado. Culminación normativa que no necesariamente aseguraba su cumplimiento cotidiano. Por lo tanto, el cumplimiento y extensión a sectores más amplios, como los trabajadores del campo, de la legislación social, van a formar una parte importante de la agenda. Además, como persistían dos problemas para los trabajadores muy ligados entre sí, como eran el Ejército y Marruecos, también se incluyeron peticiones relativas a tales asuntos. En cuanto a las nuevas consignas, hacían hincapié en la reclamación de un lugar central en la sociedad por parte de los trabajadores. Así cobraban sentido las demandas de socialización de los bienes de producción y de control sindical del gobierno de las empresas. Se trataba, por supuesto, de reivindicaciones de tipo propagandístico, reservadas para las grandes ocasiones en el calendario del movimiento obrero, de las que el 1 de Mayo era seguramente la principal.

Después del golpe de estado de septiembre de 1923, el PSOE y la UGT insistieron en los sucesivos 1 de Mayo bajo la dictadura primorriverista en aspectos ya citados: cumplimiento de la legislación social y respeto a la jornada de ocho horas; soluciones al desempleo y al creciente coste de la vida; instauración de los seguros de paro involuntario, vejez y enfermedad; fin de la guerra en Marruecos; etcétera. No obstante, dada la

excepcional situación política a que dio lugar la dictadura, también pidieron la vuelta a la normalidad constitucional.

Por lo que concierne a los anarquistas, si bien rechazaban presentar plataformas reivindicativas al gobierno y al resto de autoridades, solían igualmente aprobar una serie de demandas con ocasión del 1 de Mayo que pretendían conquistar directamente frente a los patronos, sin la intermediación gubernamental. Así, por ejemplo, en 1906, diversas sociedades libertarias madrileñas aprobaron una plataforma de seis puntos: jornada de ocho horas; doble valor de las horas extraordinarias; consideración como horas extraordinarias las trabajadas en domingo, dado que se trata de un día de descanso; consideración como laborables todos los días del año, salvo los domingos; cumplimiento de la legislación vigente sobre el trabajo de mujeres y niños en talleres y fábricas; que cada trabajador atienda una sola máquina, con el fin de absorber más empleo y reducir el paro. Era una plataforma, además de breve, estrictamente sindical. Sin embargo los anarquistas, al igual que los socialistas, fueron ampliando progresivamente sus plataformas. Así, la petición de amnistía para sus camaradas presos resultó una cuestión recurrente, dado que los grupos anarquistas conocieron un continuo hostigamiento policial.

Por otra parte, según avanzaba la primera década del siglo XX, los paros se fueron extendiendo por la geografía española durante la jornada del 1 de Mayo. Así, por ejemplo, en 1908 habiendo aumentado las huelgas en toda España, en Madrid pararon unos cuarenta mil trabajadores, mientras que en Barcelona, las fábricas y talleres de los pueblos industriales de la periferia permanecieron cerrados. Cuando llegó la dictadura de Primo de Rivera, tras el golpe de septiembre de 1923, a pesar de las prohibiciones y coacciones gubernamentales, la tónica dominante de la jornada fue el paro. De este modo, solía suspenderse para la ocasión el tráfico rodado. También el comercio solía cerrar de manera muy notable.

Sin embargo, por lo que concierne a los socialistas, el 1 de Mayo adquirió muy pronto una dimensión festiva, tal y como ocurría en las conmemoraciones organizadas por los partidos de la Segunda Internacional. En efecto, si durante la mañana, además de iniciarse los paros, se celebraba un mitin y luego se sucedía la manifestación, por la tarde solía tener lugar una concentración campestre. En algún prado o campa, próximo a la ciudad, como el valle de Loyola en San Sebastián, Vallvidriera en Barcelona o la Dehesa de la Villa, en Madrid, se reunían los trabajadores y sus familias. Allí merendaban y participaban en actividades de recreo y esparcimiento que servían asimismo para fortalecer los lazos entre la comunidad obrera. De este modo, tenían lugar concursos y festivales de todo tipo (de música o bailes populares, por ejemplo). La concentración campestre se suspendió en 1910, porque los socialistas se hallaban en plena campaña electoral junto a los republicanos. También se suspendió durante los años de la Primera Guerra Mundial, en señal de duelo por los trabajadores víctimas del conflicto europeo. En 1930 las concentraciones campestres tuvieron lugar en diversos espacios de esparcimiento, como la Dehesa de la Villa, la Puerta de Hierro, Moncloa, la Fuente de la Teja, etcétera.

Tras la excursión campestre de por la tarde, no faltaron años en los que la jornada concluyó con una función de teatro en la Casa del Pueblo, en el caso de Madrid y en los centros y ateneos obreros de provincias. En general, se trataba de teatro aficionado, representado por grupos de trabajadores adscritos a los centros obreros. En la elección de las obras que se representaban, se tenía muy en cuenta su dimensión didáctica o pedagógica hacia los trabajadores, de manera que sirviera para reafirmar sus conciencias. Es decir, se prefería un repertorio de teatro social. En ese sentido, autores como Galdós o Dicenta eran muy populares.

Otras actividades completaban el programa habitual del 1 de Mayo al que nos acabamos de referir. Así, por ejemplo,

eran frecuentes las colectas para trabajadores en huelga o presos. Otras veces, acudían delegaciones de las organizaciones a depositar flores en las tumbas de compañeros fallecidos. Tras la muerte de Pablo Iglesias, no fue raro que el 1 de Mayo se inaugurara una calle en su honor a lo largo y ancho de la geografía española.

Durante cuatro décadas este programa de actividades había cristalizado en un ritual. Un ritual organizado fundamentalmente por las organizaciones política y sindical de los socialistas. Los anarquistas aunque compartían los ideales de emancipación con los socialistas, para ellos se trataba sobre todo de una jornada de combate. Por ello, criticaban los aspectos festivos y rituales de la conmemoración del 1 de Mayo. Algo parecido llegarían a plantear los comunistas, en el sentido de concebir la jornada como una fecha para la lucha y la unidad de los trabajadores, despreciando los aspectos rituales. Los comunistas solían sumarse a las manifestaciones organizadas por los socialistas, si bien criticándoles, lo que solía generar enfrentamientos. Además, allí donde tenían una mínima presencia, como Madrid, Vizcaya o Asturias, trataban de organizar mítines. Sin embargo, a pesar de las críticas anarquista y comunista, es preciso señalar que el ritual también servía para fortalecer los lazos entre los trabajadores y reafirmar su identidad militante.

Así las cosas, los anarquistas, en primer lugar, situaban el origen del 1 de Mayo en los incidentes de Chicago de 1886 y no en el llamamiento de la Internacional Socialista de 1889. Además, mientras los socialistas convocaban paros durante la jornada, los anarquistas pretendían prolongar la huelga declarada ese día hasta conquistar las ocho horas, dentro de una perspectiva de huelga general, al menos a nivel local. Así, por ejemplo, en 1906 se unieron al llamamiento de la CGT francesa, de huelga general. Aunque a lo largo de los años comprendidos entre 1890 y 1930, en algunas localidades las organizaciones libertarias convocaron manifestaciones, sobre este punto no ha-

bía unanimidad en el interior del movimiento anarquista. Sí la había respecto de la negativa a entregar pliegos de reivindicaciones a las autoridades, acto que ritualmente ejecutaban los socialistas año tras año y que los ácratas, como hemos señalado, rechazaban en la medida en que consideraban que las reivindicaciones obreras debían obtenerse de manera directa frente a los patronos sin la intermediación de unas autoridades en las que no confiaban en absoluto.

Los anarquistas solían celebrar mítines propios en los que difundían sus ideas y trataban de llevar a cabo una labor de pedagogía revolucionaria ante el auditorio obrero. La crítica a los socialistas así como a su manera de celebrar el 1 de Mayo constituía un punto fijo en el orden del día de estos mítines que en Madrid se llegaron a celebrar en lugares como el Teatro Barbieri (en 1900) o el Frontón Central (en 1901). Hasta 1923 los anarquistas organizaron mítines en aquellas ciudades en las que tenían una presencia militante significativa. Sin embargo, el golpe militar de Primo de Rivera dio como resultado la desarticulación de la CNT, que a partir de entonces trató de reorganizarse en un contexto de grandes dificultades. De este modo, hasta 1930 no vuelve a haber noticias de mítines anarquistas en lugares como Madrid.

Aunque los anarquistas criticaban las fiestas campestres y las comilonas organizadas por los socialistas porque decían que representaban un escarnio para el 1 de Mayo, lo cierto es que también ellos celebraron meriendas en el campo, como ocurrió en 1901 en Barcelona, cuando sus seguidores pasaron la tarde en el Tibidabo. Igualmente preparaban veladas culturales y literarias en sus centros y ateneos, siempre con propósitos educativos y de creación de conciencia social.

En conjunto, la conmemoración del 1 de Mayo fue progresando en intensidad según avanzaba el siglo. Este avance se producía de manera correlativa al desarrollo del movimiento obrero. En efecto, pues hasta el golpe militar de 1923, tanto la

UGT como la CNT ampliaron sus efectivos. Con el régimen de Primo de Rivera la UGT y el Partido Socialista mantuvieron sus fuerzas; sin embargo, tal y como hemos señalado, la CNT y con ella el anarcosindicalismo quedaron desarticulados.

Más allá de la represión del anarquismo que acabamos de señalar o de las prohibiciones de manifestación, tanto en los primeros años de celebración como durante el periodo de Primo de Rivera, ¿cuál fue la reacción de las autoridades ante el 1 de Mayo?; ¿más específicamente, cómo afrontaron las reivindicaciones que se expresaban en esa jornada obrera? En este sentido cabe señalar que, en general, el jefe de gobierno recibía a la comisión socialista encargada de presentarle las peticiones de manera amable y con buenas palabras. Ahora bien, procuraba al mismo tiempo no adquirir compromisos firmes y se limitaba a formular promesas muy generales sin elemento alguno de concreción. Pero al mismo tiempo, si no de una manera directa, el avance de la legislación social durante las tres primeras décadas del siglo XX respondía hasta cierto punto a la presión obrera que se concretaba de manera especial en la conmemoración del 1 de Mayo. Debe entenderse igualmente que esa legislación no satisfacía por completo al movimiento obrero, según solía expresarse con ocasión de la fiesta del trabajo. Además, la patronal solía resistirse a su cumplimiento.

La patronal y la burguesía en general, por su parte, recibieron con auténtico pánico el primer 1 de Mayo de 1890. Pensaban que con él llegaba la revolución social. Muchos de ellos hicieron acopio de víveres y se encerraron en sus casas aquél día. Como al día siguiente comprobaron que el mundo sobre el que pisaban no se había resquebrajado, comenzaron a contemplar las manifestaciones del 1 de Mayo con curiosidad e indiferencia. Cuestión diferente era el asunto de la huelga con ocasión de esa jornada conmemorativa. En este punto, los empresarios se resistieron, despidiendo a los huelguistas y tratando de presionar a los obreros para que acudieran ese día a trabajar con norma-

lidad. Sin embargo, el empuje de la celebración se hizo notar también en este punto, de manera que con el tiempo fueron apareciendo acuerdos y pactos colectivos que contemplaban el estatuto especial que representaba el 1 de Mayo. Naturalmente eso fue posible en la medida en que los patronos se fueron organizando corporativamente y ejercieron de contraparte ante las organizaciones obreras. Este aspecto pudo ya observarse a partir de 1918 y 1919.

Poco más de un par de semanas después de proclamarse la Segunda República, tuvo lugar el 1 de Mayo de 1931. El Partido Socialista y la UGT hicieron un llamamiento común, publicado en el *Boletín de la UGT de España*, del que entresacamos los siguientes párrafos:

El proletariado español (...) está viviendo ahora días de fiesta. Ha pasado la frontera, para no volver nunca, el último Borbón.

(...) El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores han contribuido considerablemente a la obra revolucionaria que tan espléndido fruto rindió el 14 de abril. Esta República española que ahora empieza, y de la cual hemos de ser nosotros guardianes vigilantes, es algo esencialmente nuestro, porque a nuestro calor ha nacido y a nuestro calor ha de afirmarse y perfeccionarse en el futuro.

(...)

En todas las ciudades y pueblos de España deben organizarse el Primero de Mayo actos de propaganda y manifestaciones públicas, veladas y jiras, en las que se evidencien nuestro entusiasmo y nuestra fuerza. De todos ellos debe enviarse noticia telegráfica al gobierno provisional de la República y a nuestros organismos nacionales.

Como se ve, hay un gran entusiasmo por la llegada del nuevo régimen republicano que se considera como propio, en este documento en el que no se olvida llamar a la participación.

De hecho, aquella jornada fue una gran jornada festiva, pues el gobierno provisional decretó día no laborable. Resultó asimismo una conmemoración con manifestaciones masivas en toda España, tal y como reclamaron el Partido Socialista y la UGT.

De la manifestación de la capital ha quedado la imagen de la cabecera de la misma, en la que junto a los dirigentes socialistas Indalecio Prieto y Largo Caballero, aparecen el alcalde de Madrid, Pedro Rico y Miguel de Unamuno. También en esta ocasión se presentaron las tradicionales peticiones a las autoridades. Sin embargo, la novedad residía en que en la cabecera del cortejo también desfilan las autoridades, pues tres dirigentes socialistas formaban parte del nuevo gobierno. El programa presentado al gobierno incluía los siguientes diez puntos:

- 1) Derecho al voto a los 21 años; 2) ratificación de la jornada de ocho horas y garantías para su cumplimiento; 3) medidas contra el paro y la carestía de la vida; 4) construcción de casas baratas; 5) implantación de seguros sociales; 6) creación de escuelas; 7) creación de una ley que estimule el cooperativismo; 8) legislación agraria; 9) repoblación forestal; 10) ley de control sindical de las industrias.

Se trataba de una plataforma de reforma social moderada al que se añadía la generalización del derecho de voto. Por lo demás, en Madrid la jornada se completó con la salida masiva de los trabajadores y de sus familias a la Casa de Campo y a la Dehesa de la Villa, a pasar la tarde merendando entre la naturaleza. Como la Casa de Campo había sido parque de la Corona, la concentración vespertina en el primer 1 de Mayo republicano cobraba, además, un indudable valor simbólico.

La participación masiva y la normalidad en las manifestaciones fueron la tónica del 1 de Mayo también en 1932 y 1933. Si acaso, puede reseñarse que los comunistas trataron de organizar manifestaciones propias, al margen de las convocadas por el socialismo. Ese fue el caso de Madrid, donde fueron dispersados por la policía, dando lugar a enfrentamientos entre

la fuerza pública y los militantes del PCE. También tuvieron lugar las excursiones campestres, de manera que en la capital fueron la Casa de Campo y la Dehesa de la Villa los lugares más elegidos para el esparcimiento –hasta trescientas mil personas acudieron a la Casa de Campo– tras la manifestación. En 1933 la jornada campestre acabó un tanto deslucida, debido a la lluvia que hizo acto de presencia al caer la tarde.

El cambio de signo político, tras las elecciones de 1933 y la salida de los republicanos y socialistas del gobierno de la nación iba a incidir en el 1 de Mayo de 1934. En primer lugar, aunque el nuevo gobierno mantuvo la festividad de la jornada, prohibió las manifestaciones y los mítines públicos para esa fecha. Las organizaciones socialistas, a su vez, habían cambiado su euforia de hacía tres años por un mensaje mucho más radical. De este modo, en el manifiesto difundido para la ocasión, el Partido Socialista y la UGT, saludaron en primer lugar a los militantes obreros que resistían, desde la clandestinidad, al fascismo en Austria, Italia y Alemania. A continuación señalaban que *Pronto se echa de ver que este Primero de Mayo recobra (...) el viejo sabor de protesta y pelea*. Y más adelante, declaraban de manera premonitória:

No se entienda que la movilización pacífica y unánime del Primero de Mayo es renuncia de nuestros cuadros políticos y sindicales a la violencia, pues mantenemos nuestro derecho, tan fuerte como el de gobernar, a oponer el alzamiento revolucionario a la más tenue perspectiva de ludibrio fascista.

Estas consideraciones sobre la violencia eran ajenas a la tradición de los socialistas españoles en relación con el 1 de Mayo. Sin embargo indicaba la radicalización ante el ascenso del fascismo en Europa y de la derecha en España. De hecho, nos encontramos unos meses antes del movimiento insurreccional de octubre de 1934 en Asturias. A la comuna asturiana de 1934 le siguió una represión severa, con fusilamientos, encarcelamientos masivos y despidos de militantes obreros en toda España. Las manifestaciones callejeras estuvieron de nue-

vo prohibidas el 1 de Mayo de 1935, fecha en la que, a pesar de todo, se organizaron actos y reuniones obreras en un contexto de esperanza de unidad de los trabajadores. Y efectivamente, las elecciones de febrero de 1936 dieron la victoria al Frente Popular y un nuevo cambio de signo político en el gobierno tuvo lugar.

Aunque ya hemos mencionado, en el contexto de los frentes populares, el 1 de Mayo de 1936, vamos a detenernos ahora en él con algo más de detalle. La victoria del Frente Popular en febrero había desatado la euforia popular. Hasta tal punto fue así, que antes de que se dictara un decreto de amnistía, los trabajadores entraron en las prisiones para liberar a sus camaradas presos desde octubre de 1934. Del mismo modo, los campesinos sin tierra comenzaron a ocupar parcelas sin esperar a reforma agraria alguna. Ambos datos ponían de manifiesto la radicalización popular, en el contexto de una polarización social que se agudizaba de manera muy rápida. Tal fue el escenario del 1 de Mayo de 1936 en el que se celebraron manifestaciones multitudinarias en toda España. Por su significación vamos a ver algunos datos de la que tuvo lugar en la capital. Allí el recorrido del desfile iba desde Atocha hasta la plaza de Castelar, en la Castellana, después de recorrer el Paseo del Prado y la plaza de Colón. La prensa madrileña calculó una participación de trescientas mil personas. En la cabecera marcharon los dirigentes de la UGT, el Partido Socialista y la Casa del Pueblo. Sin embargo, la novedad residía en que los dirigentes del PC marcharon codo con codo con los anteriores. En la cabecera también estaban los representantes del Comité de Unificación Juvenil, pues las Juventudes Socialistas y Comunistas estaban en pleno proceso de unificación en la JSU.

Destacó también la prensa la presencia de jóvenes y mujeres uniformados en el cortejo, así como de milicias armadas pertenecientes a las organizaciones obreras. Tal y como marcaba una tradición de cuatro décadas, se presentó al gobierno

el correspondiente pliego de peticiones. Esta vez, se daban cita por igual exigencias políticas y de protección social, todas ellas marcadas por la huella de octubre de 1934:

a) Cumplimiento de lo pactado por las organizaciones del Frente Popular como programa; b) resolución del paro obrero mediante un plan de obras públicas y asignación, entre tanto, de subsidios de desempleo; c) semana laboral de 40 horas; d) anulación del crédito acordado por el anterior gobierno para acudir a las Olimpiadas de Berlín –organizadas por el nazismo– que debería dedicarse al deporte popular; e) depuración de responsabilidades por la represión de octubre de 1934; f) disolución de los grupos armados de carácter fascista y monárquico, a los que se debían confiscar sus bienes; g) créditos para el auxilio público de mutilados y otras víctimas de la represión de octubre de 1934; h) ampliación de la amnistía e indulto para los presos comunes; i) contra la guerra imperialista y en defensa de la Unión Soviética.

Una vez entregado el pliego de peticiones se dio por concluida la manifestación, dirigiéndose los manifestantes a pasar el resto del día a la Casa de Campo y a la Dehesa de la Villa. En el primer bosque se llegaron a reunir cuatrocientas mil personas y en la Dehesa de la Villa otras cien mil, lo que indica que la excursión campestre de ese día se hallaba arraigada en los madrileños incluso más que la manifestación de la mañana. De hecho, muchas familias partían directamente a la Casa de Campo sin pasar por el desfile obrero.

La Guerra Civil daría otro giro al 1 de Mayo. En el territorio ocupado por los militares rebeldes simplemente será eliminada, por Decreto de 13 de abril de 1937. Entre tanto, en el bando republicano, en 1937 y 1938 se prohíben las manifestaciones, si bien las organizaciones obreras publicarán manifiestos para la ocasión y se celebrarán todavía mítines y actos en recintos cerrados. Así ocurrió en 1937, cuando, por ejemplo, la CNT y la UGT organizaron un mitin unitario en el teatro

principal de la capital republicana: Valencia. Entre tanto también la Agrupación Socialista Madrileña, por citar un segundo caso, convocó un acto en recinto cerrado. La propaganda de las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera insistía mientras tanto en el esfuerzo bélico contra el fascismo y en la unidad, la disciplina y el sacrificio de los trabajadores. Así, por ejemplo, la FAI publicó un número extraordinario de *Tierra y Libertad* el 1 de Mayo de 1937 en el que se podía leer: *que sea más potente nuestro ejército revolucionario; haga prodigios el trabajo proletario; que hoy es 1º de mayo...* Y un titular reclamaba: *en España: revolución; en el mundo: solidaridad*. El año siguiente, *El Trabajo*, mensual del sindicato de albañiles de la UGT madrileña invocaba en su número de mayo a la disciplina y a la unidad obreras, haciendo alusión al acuerdo sindical unitario que había tenido lugar a comienzos de ese mismo año y por el cual se incorporaban las dos grandes confederaciones formalmente al Frente Popular. El 1 de Mayo de 1939 las organizaciones obreras ya no tuvieron ocasión de difundir su prensa ni de realizar actos conmemorativos en suelo español, tras la retirada en desbandada de febrero y marzo y la victoria franquista proclamada el 1 de abril.

DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El fascismo y la guerra interrumpieron la celebración del 1 de Mayo en Europa por parte de las organizaciones obreras, desarticuladas en gran parte. Mientras tanto, las fuerzas del eje (Hitler y Mussolini) y sus aliados (como el régimen de Vichy en Francia) se apropiaron de la fecha y organizaron rituales propios, tal y como hemos visto en el caso del nazismo alemán. En realidad con ello no hicieron sino reconocer el arraigo del 1 de Mayo entre las masas trabajadoras. En 1945, el 28 de abril fueron colgados Mussolini y su amante. Dos días después desaparecía Hitler. Mientras tanto, el gobierno provisional había sido ya instaurado en Francia desde hacía ocho meses. En estas condiciones se aproximaba la resurrección del 1 de Mayo, bajo el signo de la paz y de la derrota del fascismo. En Francia el 1 de mayo de 1945, por reacción frente al régimen de Vichy, no fue oficialmente día festivo. Volvió a recuperar el aire de jornada de protesta y de paros voluntarios protagonizados por los trabajadores. En la capital, la manifestación contó no sólo con la presencia de las organizaciones habituales de la clase obrera, de sus partidos y sindicatos. Además se sumaron las fuerzas de la Resistencia. De ese modo, desfilaron estructurados en bloques, los supervivientes de los distintos campos de exterminio nazis. Fue el 1 de Mayo de la Liberación.

Quedaba todavía la rendición de los ejércitos alemanes, que tuvo lugar el 7 de mayo de 1945. Luego, el 14 de agosto

siguiente capituló el Japón imperial. Fue, por lo tanto, el 1 de Mayo de 1946 el que se conmemoraría en el conjunto de los países aliados como el 1º de Mayo de la victoria y el 1º de Mayo de la paz. Al año siguiente, la jornada se celebró en lugares tan diversos geográfica y culturalmente como Teherán (por primera vez en su historia), Varsovia, Roma, Berlín Este, Jerusalén, Praga, Bucarest o Shangai. En Palermo, en Italia, estallaron una serie de bombas causando heridos y víctimas mortales. La CGIL convocó media jornada de paro en señal de duelo y protesta.

A partir de 1948, tras la ruptura de los gabinetes de unidad nacional en Europa Oriental y la expulsión de los comunistas de los gobiernos de Europa Occidental en los que estaban presentes, el 1 de Mayo se vio afectado por la Guerra Fría. La unidad que habían representado los frentes populares, la lucha antifascista y los gobiernos de concentración nacional, surgidos al final de la contienda, se resquebrajó. En Europa Occidental se sucedieron los desfiles rituales, con la impronta de la división. En la Unión Soviética y en los países satélites, la conmemoración resultaba una mezcla de manifestación organizada por el PC y de desfile militar. Esta mezcla se sazónaba con grandes retratos indicadores del culto a la personalidad, que se atemperó durante el mandato de Kruchev. Por otra parte, el desfile militar representaba una ocasión para mostrar parte de un arsenal, dentro de la lógica de la carrera de armamentos.

En el mismo contexto de la Guerra Fría, la Iglesia católica va a tratar de apropiarse también del 1 de Mayo. Con anterioridad, tras la encíclica *Rerum Novarum* de 1891, en torno a los comienzos del siglo XX en países de fuerte tradición católica, como España o Italia, algunas organizaciones confesionales –singularmente, sindicatos– habían conmemorado la jornada con la celebración de una misa o con actos en los que participaba el clero. Pero en 1955 el Vaticano dio un paso más y Pío XII introdujo en el calendario la festividad de San José Artesano

o San José Obrero –ambas acepciones se utilizarían indistintamente– el 1 de Mayo. Sería, pues, el patrón de los trabajadores. De ese modo, explícitamente se otorgaba un sentido cristiano a la fecha, de manera alternativa a la tradición marxista que representaba. Se canonizaba así el trabajo y se atribuía al 1 de Mayo el carácter de celebración sagrada.

En 1956, el cardenal Montini –que sería posteriormente papa, bajo el nombre de Pablo VI– organizó el 1 de Mayo en la plaza del Duomo de Milán una gran concentración de obreros católicos. A la plaza acudían los trabajadores llevando estandartes y banderas de diferentes países con el propósito de conmemorar una nueva fiesta sagrada de redención del proletariado. En la tribuna se hallaban autoridades religiosas y políticas –representantes de la Democracia Cristiana gobernante–, incluido el jefe del gobierno italiano. El lema de la concentración fue: *Obreros de todo el mundo, unámonos en Jesucristo*. Se trataba de un ritual enfrentado expresamente al del movimiento obrero, rechazando de manera explícita el materialismo histórico y la lucha de clases. El mismo papa dirigió un mensaje radiofónico a los concentrados en Milán y como coronación de la celebración un helicóptero despegó transportando una figura de Cristo, que era un obsequio de los trabajadores católicos al pontífice. El Cristo fue transportado a Roma y ubicado en una nueva iglesia consagrada a Cristo Obrero. La Iglesia, en fin, diseñaría un rito específico para la misa de San José Obrero.

Del período de la Guerra Fría data también la proclamación del Día de la Lealtad en Estados Unidos que, no por casualidad iba a ser el 1 de Mayo. Fue en 1958 cuando el presidente Eisenhower decidió elevarla a la categoría de fiesta nacional. Con anterioridad, en 1949, se había proclamado su observancia en cuarenta y nueve estados. Si lo citamos es porque, en realidad, la idea del Día de la Lealtad –cuyos orígenes se sitúan en los años treinta del siglo XX– no es sino un intento de oponer una jornada patriótica al 1 de Mayo de los trabajadores. El Día

de la Lealtad se conmemora a base de desfiles de veteranos de guerra, resaltando el patriotismo frente al internacionalismo y el militarismo frente al pacifismo de la fiesta de los trabajadores. Es un ritual estrictamente anticomunista y antiobrero, pero que indica hasta qué punto el 1 de Mayo se ha convertido en un símbolo históricamente disputado.

En Europa Occidental el ritual obrero del 1 de Mayo se vio sacudido por el incremento drástico de las protestas obreras a finales de los años sesenta y principios de la década siguiente. Se trata del periodo comprendido entre la huelga general de mayo de 1968 en Francia y la revolución portuguesa y la transición en España en 1974/1976. No cabe duda que ese periodo de efervescencia política y social introdujo en la agenda del 1 de Mayo europeo occidental nuevos aspectos. Se hizo evidente, por ejemplo, la crítica al autoritarismo y al stalinismo, algo que durante los años cincuenta resultaba impensable entre el movimiento obrero europeo. En este punto, la aparición de la extrema izquierda en torno a 1968 jugo un papel indiscutible. También es la época del surgimiento de los nuevos movimientos sociales, como el nuevo feminismo, el pacifismo o el ecologismo, a los que el movimiento obrero no puede ignorar y cuyas demandas trata de reelaborar e incorporar a sus programas. Todo ello comenzó a visualizarse en las manifestaciones del 1 de Mayo en París, Londres, Roma o Berlín Occidental. A su manera, 1968 tuvo también su impacto en la Unión Soviética. En efecto, pues desde la invasión de Checoslovaquia hasta 1979 no desfiló el ejército rojo en Moscú en el 1 de Mayo. Se mantuvo, eso si, el culto a la personalidad, con grandes retratos de Breznev a lo largo del recorrido.

Pero la efervescencia social y política de 1968 tuvo sus límites y se diluyó relativamente pronto. Además, como corolario del golpe de timón político apareció la crisis económica, ligada al shock del petróleo de 1973. Si buscamos un acontecimiento que en Europa Occidental pueda simbolizar el cam-

bio de rumbo para los trabajadores y sus organizaciones, tal vez podamos encontrarlo en la huelga minera de 1984 en Gran Bretaña. Después de un año de conflicto, la primera ministra conservadora, Margaret Thatcher, cosechó un triunfo indiscutible y los trabajadores y sus sindicatos una derrota sin paliativos. Después, durante la segunda mitad de los años ochenta del siglo XX, tuvo lugar el derrumbamiento de la Unión Soviética y de los regímenes satélites. Es evidente que con el muro de Berlín se derrumbó también un cierto dique de contención a la política exterior norteamericana. Pero también lo es que la desastrosa experiencia de la Unión Soviética ha causado un daño irreparable a la causa de los trabajadores y del socialismo. Su fracaso ha dado lugar al encumbramiento del mercado en la economía y al liberalismo conservador en la política. En ese contexto ha de desenvolverse el movimiento obrero y ha de celebrarse el 1 de Mayo en el mundo.

Como ya hemos señalado, durante la guerra civil Franco suprimió la festividad del 1 de Mayo, por Decreto de 13 de abril de 1937. Concluida la contienda, una Orden de 9 de marzo de 1940 ratificó la suspensión, en la medida en que se prohibían las conmemoraciones consideradas como subversivas –es decir, las propias del bando de los vencidos– y se establecen las festividades religiosas y apologeticas del régimen franquista triunfante. A diferencia de Hitler que, tal y como hemos visto, se apropió del 1 de Mayo transformándolo en Día Nacional del Trabajo, dentro de la ritualidad nazi, Franco optó por abolirlo al igual que Mussolini. De ese modo se eliminaba cualquier vestigio del periodo republicano. En su lugar, trató de dotar al 18 de julio del carácter de fiesta de Exaltación del Trabajo Nacional. Así, el Día del Trabajo quedaba vinculado a la fecha del Alzamiento; es decir, de la rebelión militar de 1936.

La glorificación franquista del trabajo guardaba coherencia con los principios del Fuero del Trabajo dictado en 1938 que, a su vez, se había inspirado de forma directa en la Carta del Lavoro del fascismo italiano. El Fuero del Trabajo, concebía el trabajo no como un derecho, sino como una obligación frente al Estado. Esa naturaleza coercitiva del trabajo se inspiraba por un lado en el autoritarismo fascista y por otro en la idea bíblica de castigo, pues el régimen de Franco en sus primeros años de andadura mezclaba elementos del fascismo y de un catolicismo

reaccionario que pervivió hasta el final. El Fuero del Trabajo, además, no reconocía la autonomía de las partes. Por eso la nueva conmemoración amalgamaba a empresarios y trabajadores y los hermanaba en la producción nacional. Frente al internacionalismo se alzaba de manera muy previsible el nacionalsindicalismo y frente al carácter reivindicativo y de lucha del 1 de Mayo, emergía la armonía de intereses dentro del cuerpo social.

La organización del nuevo ritual correrá a cargo de la propia Administración con el concurso de la Falange, el Ejército y la Iglesia. De este modo, la población asistirá a espectáculos como el desfile militar, actos del partido único y misas de campaña. También se celebrarán recepciones de carácter más restringido. En las concentraciones que se organizan a lo largo y ancho del territorio español se difunden consignas nacionalistas, de exaltación del interés nacional y de adhesión a la figura del caudillo Franco. En el 18 de julio se renueva cada año la fidelidad a los principios del Alzamiento Nacional y se hace propaganda de los supuestos logros del régimen. La retórica hace alusión a la armonía de intereses entre las clases sociales, al carácter paternalista del Estado, así como a la naturaleza militar de los orígenes del sistema.

Sin embargo, a la concentración del primero de mayo de 1956 en Milán, que había organizado la Iglesia de Roma, acudieron representantes de las organizaciones españolas de la Acción Católica –la HOAC y la JOC–, así como una delegación de la Organización Sindical Española –los sindicatos verticales–, encabezada por su delegado nacional, José Solís. Éste le transmitió al representante del Vaticano la adhesión entusiasta de los sindicatos verticales españoles a la celebración de San José Obrero, que sería fiesta nacional en España desde ese año. En efecto, pues una Orden del Ministerio de Trabajo de 27 de abril de ese año declara:

fiesta laboral abonable y no recuperable la fiesta de San José Artesano, que por solidaridad con la disposición de la Santa Sede, se celebrará el 1 de mayo de cada año, pero manteniendo

el valor, significación y solemnidad de la Fiesta de Exaltación del Trabajo Nacional que se sigue celebrando el 18 de julio.

La nueva conmemoración tiene lugar dentro de los parámetros ideológicos del nacionalcatolicismo, la ideología oficial del Régimen. Serán, por lo tanto, la Iglesia y el Movimiento quienes organicen las primeras ediciones de la nueva festividad. Sin embargo la idea que de la Fiesta del Trabajo tiene la jerarquía católica no va a ser la misma que la de las organizaciones de la Acción Católica y sus militantes, imbuidos por la llamada doctrina social de la Iglesia. La jerarquía, por su parte, proporciona a la celebración oficial un sentido religioso y junto a los sindicatos verticales, festeja la superación del movimiento obrero y de la lucha de clases.

Así pues, de manera paralela, las organizaciones de la Acción Católica inician un despertar crítico. Sus militantes, en el marco de lo que denominaban compromiso temporal, además de participar en los sindicatos verticales acumularán experiencias en las empresas. Comenzarán a proclamar la defensa de la dignidad obrera, la necesidad de que los sindicatos defiendan a los trabajadores de manera independiente del poder político e invocarán los derechos colectivos de los trabajadores. La divergencia entre el Movimiento y las organizaciones de la Acción Católica se expresará mediante episodios como el secuestro de números de las publicaciones de la HOAC –*Noticias Obreras*– y de la JOC –*Juventud Obrera*–. Desde *Pueblo*, diario de los sindicatos verticales, su director lanzará virulentos ataques a las organizaciones de la Acción Católica obrera reprochándole que sus militantes se inmiscuyesen en un terreno que supuestamente les era ajeno y que correspondía en exclusiva a los sindicatos verticales. Y es que en 1960 los representantes de la Acción Católica remitieron un carta de protesta a la jerarquía de la Organización Sindical con motivo de las elecciones sindicales. En la misiva criticaban las excesivas atribuciones de la Junta Nacional de Elecciones así como el incumplimiento del reglamento electoral en lo que afectaba a la información a los

trabajadores. En tales condiciones reclamaban la anulación de los comicios sindicales. Al año siguiente, la policía interceptó un documento de estas organizaciones elaborado con ocasión del 1 de Mayo. En fin, como es conocido, una parte significativa de los militantes de la Acción Católica obrera pasará a colaborar con los militantes del movimiento obrero clandestino, a organizar protestas en común y a tratar de vertebrar la celebración del 1 de Mayo de manera alternativa al régimen, recuperando su significado original.

Sin embargo, antes de entrar en este último aspecto, vamos a detenernos brevemente en el ritual franquista de San José Artesano. En sus primeras ediciones se trata de un ceremonial bastante simple. El Ministerio de Trabajo, los sindicatos verticales y la Iglesia, además de ayuntamientos y gobiernos civiles, organizan ese día una misa y distintos actos oficiales de carácter sindical. En Madrid, la misa tiene lugar en la iglesia de Jesús de Medinaceli –próxima al edificio de los sindicatos verticales del Paseo del Prado–. Después, el Ministro de Trabajo se reúne con una selección de trabajadores en el salón de actos de la Escuela de Capacitación Social del propio Ministerio de Trabajo. Allí, el subsecretario pronunciará un discurso. Luego, los aprendices del Frente de Juventudes visitan a Franco que les entrega una serie de trofeos relativos al Concurso Nacional de Formación Profesional Obrera. En los discursos oficiales y homilías se resaltan como ejemplares las supuestas cualidades de San José: trabajador, humilde, amante del orden, buen padre de familia, etcétera. El ritual, en su conjunto, recuerda la victoria sobre el movimiento obrero y la abolición de la lucha de clases.

Año tras año, los sindicatos verticales irán relegando a un segundo plano la figura de San José Obrero en el ritual, diluyendo los aspectos más fuertemente religiosos. En su lugar, se cargarán las tintas en ritos sindicales de agradecimiento al caudillo y de exaltación del régimen y de sus logros. La conmemoración adquirirá una evidente dimensión nacional, en la medida en que será presidida por el propio Franco, que se hallará al frente

de la Demostración Sindical. En los días previos a la jornada, el mismo Franco, acompañado por el Ministro de Trabajo o el delegado nacional de sindicatos realizan giras para inaugurar viviendas o centros sociales, institutos de formación profesional, etcétera. Es decir, según se aproxima la fecha, la cúpula del régimen emprende una serie de actos propagandísticos tratando de resaltar su carácter social. Al mismo tiempo, se pretende trasladar a la población la idea de que la obra del caudillo se plasma en una paz y un progreso constantes.

En la misma jornada, las autoridades laborales y sindicales harán entrega de las medallas al mérito del trabajo. La propaganda de los sindicatos verticales presenta la festividad como un homenaje a los trabajadores que con su esfuerzo están poniendo los cimientos para una España mejor. A su vez, la Obra Sindical de Educación y Descanso, que dentro de los propios sindicatos verticales se ocupa de la organización del tiempo libre de los trabajadores, prepara la movilización.

Al margen del ritual oficial, presidido por Franco, las únicas actividades permitidas con ocasión del 1 de Mayo serán las misas de San José Obrero o las reuniones de militantes de la Acción Católica Obrera en locales de la Iglesia en las que, bajo la cobertura de la doctrina social de la Iglesia, cristalizará un discurso crítico con el régimen franquista, tal y como hemos señalado.

A partir de 1958, año en el que la dictadura aprobó la Ley de Convenios Colectivos Sindicales, se inaugurarán las grandes exhibiciones sindicales, con carácter anual, en el estadio Santiago Bernabeu, en Madrid. Manteniendo el esquema ritual, se alternarán actuaciones deportivas, folclóricas —a cargo de los coros y danzas de la Sección Femenina— y culturales. Será, nuevamente, la Obra Sindical de Educación y Descanso la encargada de organizar los actos cada primero de mayo en el citado estadio. Aunque en cada edición se pretende sorprender con el programa, dominarán sin excepción las actuaciones con colorido y

brillantez, al objeto de crear una atmósfera de entusiasmo y de adhesión al caudillo. Los espectáculos sobre el césped se ajustarán a una estética en la que predominan las simetrías, tratando de simbolizar el orden, la disciplina, la virilidad, la abnegación, la unidad, la grandeza... En fin, una serie de valores con los que se daba por supuesto que debía identificarse el pueblo español.

Por otra parte, la secuencia ritual se repite anualmente: entrada triunfal de Franco en la tribuna del estadio, acompañado de su esposa, varios ministros –incluido el secretario general de los sindicatos verticales–, cuerpo diplomático, prensa y representantes provinciales y de casas regionales. Inmediatamente después de ocupar la tribuna de honor, se hace silencio y suena el himno nacional. A continuación, de manera ordenada y cronometrada se inicia el desfile de los grupos deportivos o folclóricos, que lucen sus banderas y estandartes. En ocasiones, desfilan con antorchas a la manera nacionalsocialista, rindiendo homenaje a Franco. Tras los desfiles, se produce un nuevo silencio, después del cual vuelven a interpretarse los himnos de los sindicatos verticales y nacional. A su conclusión, tiene lugar una gran ovación de agradecimiento al caudillo Franco.

Las demostraciones del primero de mayo en el estadio Santiago Bernabeu pretenden insuflar en la población los valores de la dictadura mediante la grandilocuencia y la emoción propias del ritual. También se pretende enviar un mensaje propagandístico al exterior, en el sentido de insistir en los avances sociales del régimen. En los días siguientes, la prensa oficial comenta el acto, incidiendo en los aplausos recibidos por el general Franco, en señal de gratitud popular como arquitecto de la obra social de la dictadura. Los periódicos de circulación legal alababan los actos como símbolos de disciplina y lealtad al régimen. Paralelamente, los festejos del estadio Santiago Bernabeu se retrasmiten por televisión y se difunden a través del NO-DO. Se elaborarán de esa manera reportajes de emisión obligatoria, recordémoslo, en todos los cines del país. Así se aseguraba la

dictadura la difusión masiva y propagandística de las conmemoraciones.

Claro que, a pesar de los esfuerzos de propaganda de los sindicatos verticales y del aparato de la dictadura, según se van celebrando nuevas ediciones oficiales de San José Obrero, de manera paralela crecerá la conflictividad laboral en España. Y con ello progresarán año tras año, los esfuerzos del movimiento obrero por recuperar el genuino significado del 1 de Mayo. En ese contexto, los festejos del Estadio Santiago Bernabeu y otra serie de ritos oficiales no lograrán captar la adhesión de las masas. Consciente de ello, el régimen retransmitirá por televisión cada año el treinta de abril y el uno de mayo los dos espectáculos de masas más populares de la época: una corrida de toros y un partido de fútbol. Se pretendía, en el primer caso, que fuese un cartel con matadores situados en la cima del escalafón y en el segundo, que lidiasen los grandes equipos del campeonato de liga. El objetivo era retener a los trabajadores en casa durante esas fechas y evitar que se sumaran a los actos ilegales convocados por el movimiento obrero y la oposición clandestina.

El mantenimiento de la llama del 1 de Mayo en cuanto a su significación genuina y la recuperación de su celebración en la calle durante el franquismo constituyen una historia paralela y alternativa a la de San José Artesano. El final de la Guerra Civil representó una severa derrota del movimiento obrero en España: sus organizaciones quedaron estrictamente prohibidas; sus dirigentes y militantes, en la cárcel, el exilio o ante los paredones de ejecución y las cunetas; sus locales y bienes incautados. Los derechos colectivos de los trabajadores, como el de huelga, reunión y expresión, fueron radicalmente eliminados.

Como ya hemos indicado, la festividad del 1 de Mayo quedó suprimida y el ejercicio de la huelga hasta la reforma del Código Penal de 1962 estuvo tipificado como delito de rebelión militar, juzgado por tribunales militares. Además, el hambre y las enfermedades ligadas a la pobreza completaban el horizonte

de la posguerra para la clase trabajadora. En esas condiciones resultaba muy difícil organizar paros y manifestaciones, fuese o no con ocasión del 1 de Mayo. Por supuesto, las organizaciones del exilio redactaban manifiestos conmemorativos que se distribuían entre la emigración política y que trataban de introducirse clandestinamente en el país. En 1946 y 1947 tuvieron lugar una serie de huelgas en Cataluña y sobre todo en Vizcaya en mayo de 1947 contra la carestía de la vida y los bajos salarios, en repudio del nuevo régimen. Estuvieron vertebradas por las organizaciones clásicas del movimiento obrero, la UGT y la CNT y representaban el final de un ciclo de conflicto.

En la década siguiente, tras el boicot a los transportes de Barcelona, en marzo de 1951, se registraron dos nuevos fenómenos. Por un lado, el surgimiento de nuevos activistas obreros y en segundo lugar nuevas formas de conflicto centradas en reivindicaciones inmediatas de la clase trabajadora. Estos nuevos conflictos tenían lugar de manera generalmente aislada en las empresas. No hubo todavía en ese contexto un resurgir del 1 de Mayo. Habría que esperar a la siguiente década, cuando las elecciones sindicales y la negociación colectiva en el marco del sindicato vertical, a partir de la Ley de 1958, generaron nuevas oportunidades para la recomposición del movimiento obrero. Esa recomposición tuvo lugar a través de las Comisiones Obreras, donde se encontraron los militantes comunistas y de la Acción Católica. A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta el Partido Comunista llamaba a manifestarse en la calle el 1 de Mayo mediante el lanzamiento de octavillas. La respuesta a tales llamamientos no era una manifestación, tal y como hoy se conoce. Se trataba más bien de concentrarse en las aceras en un punto determinado y a una hora concreta. En Madrid, por ejemplo, esa concentración se efectuaba en las aceras de la Gran Vía –que entonces se llamaba avenida de José Antonio– en torno a los locales de los sindicatos provinciales oficiales. Aunque no se cortaba el tráfico, se trataba de crear aglomeraciones en la acera.

A partir de las huelgas mineras de la primavera de 1962 la conflictividad laboral en España dibujó una curva ascendente hasta 1976. En el mismo 1962, se eliminó del Código Penal la huelga como delito de sedición. Además, en 1963 fue creado el Tribunal de Orden Público (TOP) que sustituiría a los tribunales militares para juzgar los delitos de asociación, tenencia de propaganda o manifestación. A mediados de la década se había constituido ya Comisiones Obreras con carácter estable en las principales ciudades industriales del país, como Barcelona, Madrid o Sevilla. Se iniciaba, por lo tanto, un nuevo período más favorable para la revitalización del 1 de Mayo. En 1967, por ejemplo, en Madrid miles de trabajadores se dieron cita en la Gran Vía, recorriendo de arriba hacia abajo y al revés la acera.

A finales de los años sesenta y durante la primera mitad de la década siguiente, las Comisiones Obreras y otras organizaciones clandestinas del movimiento obrero preparaban la conmemoración del 1 de Mayo no sin dificultades. Por lo común el día treinta se intentaba que fuera una jornada de lucha con formas diversificadas de acción que permitiesen la mayor participación posible de los trabajadores con el menor coste en términos represivos. No se solía convocar huelga, por lo tanto, sino más bien paros cortos o boicot al transporte colectivo de las empresas o minutos de silencio en los comedores de las fábricas a la hora del bocadillo.

El día 1 se convocaban concentraciones en torno a los locales del sindicato vertical, tal y como hemos señalado un poco más arriba. Ahora bien, a partir de la sentencia judicial que dejaba en la ilegalidad a las Comisiones Obreras, así como de las detenciones masivas de sus cuadros y militantes, las concentraciones ante el vertical se hicieron más difíciles, debido a la presión policial. Entonces, durante la mañana del 1 de Mayo solían sucederse los saltos en distintos puntos del centro de la ciudad; es decir, grupos relativamente pequeños que iban desde algunas decenas hasta varios centenares de manifestantes. En

un momento dado, interrumpían el tráfico y gritaban consignas contra la dictadura y por las libertades hasta que aparecía la policía antidisturbios y se dispersaban, arriesgándose ante la posibilidad de una detención policial. Pasado un tiempo volvía a repetirse la misma operación en otro lugar de la ciudad relativamente próximo. En ese contexto, entre los grupos de militantes más jóvenes –ya fuesen trabajadores o estudiantes de izquierda– también se organizaban comandos que era una variante más estructurada y que solía incluir en el ritual algunas dosis de violencia contra las cosas, como el lanzamiento de cócteles molotov contra oficinas bancarias o la colocación de automóviles en la calzada a guisa de barricada. Además de estas acciones en la calle, también se organizaban diversos actos bajo la cobertura de parroquias de los barrios obreros de la periferia de Madrid o Barcelona, a la cabeza de las cuales se hallaban curas obreros. Se trataba de algunas homilías militantes o de pequeñas asambleas en los locales parroquiales.

Al hilo de estas acciones del 1 de Mayo, cabe recordar que fue bastante usual que la policía detuviese durante las setenta y dos horas previas a la Jornada del Trabajo a los militantes que estaban fichados. El objetivo no era otro que hacer fracasar las movilizaciones previstas para el día 30 de abril y el primero de mayo. Así las cosas, muchos de estos militantes objeto de persecución solían pernoctar fuera de sus domicilios, según se aproximaban esas fechas, para evitarse una detención segura.

En 1975 y 1976, en un contexto de incremento sin precedentes de la conflictividad laboral en España los trabajadores desafiaron en la calle a las autoridades el 1 de Mayo de manera masiva. En Madrid, además de los repetidos y masivos saltos de la mañana hubo convocatoria vespertina en la Casa de Campo, donde intervino la policía armada a caballo para dispersar a los que trataban de concentrarse y recuperar una parte del ritual que se remontaba a los años de la Segunda República.

DESDE LA RESTAURACIÓN DE LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA HASTA HOY

Las organizaciones sindicales quedaron finalmente legalizadas en España en abril de 1977. Por entonces ya habían sido igualmente legalizados el PSOE y el PCE (éste último durante la Semana Santa). A pesar de ello, el gobierno de Adolfo Suárez prohibió las manifestaciones convocadas por los sindicatos de manera unitaria a lo largo y ancho de la geografía española. Excepcionalmente fueron autorizados algunos mítines en recintos cerrados o controlados por la policía, como en el caso de Oviedo, Vitoria y Pamplona. La intervención policial se saldó con tres heridos graves, doscientos heridos de diversa consideración y centenares de detenidos, la mayoría de los cuales fueron puestos a disposición judicial. Varios periodistas fueron a su vez golpeados por la policía, lo que motivó la protesta de la Asociación de Corresponsales de Prensa Extranjera.

En Madrid, CCOO, UGT y USO habían convocado un mitin en los alrededores del estadio de fútbol del Rayo Vallecano, en la popular barriada de Vallecas. La policía dispersó con material antidisturbios a todos aquellos grupos de trabajadores que intentaron concentrarse a lo largo de la mañana, de manera que no hubo mitin alguno. Por la tarde, CCOO y USO organizaron una fiesta campestre en el Pinar de las Siete Hermanas, en la Casa de Campo. Tuvo un carácter pacífico hasta que al final de la velada intervino la policía. La UGT, a su vez, se concentró ante la tumba de Pablo Iglesias para depositar una co-

rona de flores, tal y como solían hacer un puñado de militantes socialistas con ocasión del 1 de Mayo durante el franquismo. Evidentemente, la convocatoria en la Casa de Campo significaba recuperar, ya en democracia, un ingrediente importante del ritual que el 1 de Mayo madrileño había tenido históricamente. De hecho, CCOO mantendría en la capital esta convocatoria de fiesta vespertina en la Casa de Campo hasta 2003. El año siguiente no tendría lugar, en señal de duelo por el atentado del 11 de marzo de ese mismo año en los trenes de cercanías de la capital.

En Barcelona, aquel 1 de Mayo de 1977 la fuerza pública impidió la concentración de trabajadores con botes de humo y bolas de goma. Al igual que en Madrid se produjo un herido grave y la mañana se saldó en enfrentamientos entre manifestantes y la policía. En Valencia la confrontación tuvo lugar en torno a la plaza del Caudillo donde se lanzaron media docena de cócteles molotov. En Bilbao, la manifestación encabezada por Nicolás Redondo, secretario general de UGT y Tomás Tueros, secretario de CCOO de Euskadi, fue disuelta con gran dureza policial. Las prohibiciones y los incidentes se repitieron en diversas ciudades.

Fue el 1 de Mayo de 1978, por lo tanto, el primero que, tras la vuelta de la democracia, se celebró con autorización gubernamental. La prensa española destacó al día siguiente el orden y la normalidad ciudadana con la que transcurrió la conmemoración, en la que participaron centenares de miles de trabajadores. Sólo se produjeron incidentes aislados, al margen de las organizaciones mayoritarias convocantes, en Pamplona, Bilbao, Valladolid y Valencia. La manifestación central se celebró en Madrid bajo una constante lluvia. A pesar de ello acudieron alrededor de trescientos mil trabajadores que desfilaron desde el Paseo de las Delicias hasta la Puerta de Alcalá, escoltados por un servicio de orden de diez mil militantes de las organizaciones que convocaban la manifestación. Un ambiente general de entusiasmo recorrió el

cortejo. A lo largo del trayecto, se corearon consignas contra el paro, por la unidad sindical y por la devolución del patrimonio sindical, entre otras. El desfile se inició a las once y media de la mañana y concluyó pasadas las dos y media de la tarde, toda vez que habían tenido lugar las alocuciones previstas en la tribuna dispuesta en la Puerta de Alcalá. Allí, efectivamente, se dirigieron a los congregados los secretarios generales de CCOO y UGT y los del PSOE y el PCE. Fueron los secretarios de los partidos políticos, en lugar de los dirigentes sindicales, los que cerraron el acto con sus intervenciones, antes de que la concurrencia cantara, puño en alto, la Internacional y se dispersara. Otras dos manifestaciones minoritarias discurrieron por las calles de Madrid, organizadas respectivamente por la CNT y el recién creado Sindicato Unitario, escindido de CCOO. En Cataluña, País Vasco, Galicia, Andalucía y Asturias, entre otras, discurrieron manifestaciones multitudinarias convocadas por CCOO y UGT.

También el 1 de Mayo de 1979 tuvo un carácter unitario. Además, estuvo marcado por la reciente victoria electoral de la izquierda en las elecciones municipales, que le daría el gobierno de la mayoría de los ayuntamientos, previo pacto municipal entre PSOE y PCE. Ello incidió en el aire festivo de las manifestaciones. Sin embargo, como contrapunto, también debe señalarse que en esta ocasión el 1 de Mayo acusó la violencia de la extrema derecha, presente en el ambiente político de la Transición a la democracia en España. De este modo, el 29 de abril había sido asesinado en Madrid Andrés García, un militante de la Juventud Comunista de la organización del barrio de Retiro. Luego, el mismo primero de mayo, otros dos jóvenes fueron apuñalados en la capital por matones de la extrema derecha.

No obstante, la nota dominante del 1 de Mayo de 1979 fue la participación masiva y pacífica de centenares de miles de trabajadores en las casi cuatrocientas manifestaciones convocadas ese día en España. En Madrid, donde acudieron alre-

dedor de trescientas mil personas, la manifestación repitió el trayecto del año anterior. A lo largo de su recorrido el rechazo a la violencia y al terrorismo, además del júbilo por la ya citada victoria electoral de la izquierda, fueron algunos de los motivos de las consignas que pudieron escucharse. Al concluir el recorrido, en la Puerta de Alcalá, la tribuna de oradores estuvo muy nutrida. Abrió el turno Ernesto Cardenal, en nombre del FSLN nicaragüense, pues dos meses y medio después tendría lugar el derrocamiento de Somoza y la victoria de la revolución sandinista. Le sucedió Enrique Tierno, primer alcalde democrático en Madrid desde la Segunda República. Luego intervinieron los secretarios de las organizaciones sindicales de Madrid. Les siguieron los secretarios generales del PCE y el PSOE y esta vez cerraron el acto los líderes sindicales de UGT y CCOO, Nicolás Redondo y Marcelino Camacho.

Bastantes de los ingredientes de 1979 se repitieron el 1 de Mayo del año siguiente: llamamientos unitarios de UGT y CCOO en más de doscientas manifestaciones en las ciudades y pueblos de España; nueva aparición de la violencia de extrema derecha, que se cobró una víctima mortal al final de la manifestación en Madrid; participación de los dirigentes de los partidos políticos de izquierda y del alcalde de Madrid en la manifestación central y en las alocuciones desde la tribuna de la Puerta de Alcalá, etcétera. El desempleo, cada vez más grave, fue el tema de mayor preocupación de los dirigentes sindicales en sus discursos. De hecho, el eslogan de la pancarta que abrió la manifestación de la capital no era otro que *contra el paro*. Pese a todo, en marzo había sido publicado en el *BOE*, tras aprobación parlamentaria, el Estatuto de los Trabajadores al que UGT y el Partido Socialista habían dado su apoyo; mientras, CCOO se había opuesto a él de manera muy militante. Además, ese mismo año se celebrarían elecciones sindicales, de manera que a pesar del carácter unitario del 1 de Mayo, estaba larvándose la disensión sindical.

Sin embargo, el intento de golpe de estado del 23 de febrero de 1981 y el agravamiento de la crisis económica hicieron reaccionar a los dos grandes sindicatos que, en una convocatoria común, el 1 de Mayo de ese mismo año se manifestaron tras una pancarta unitaria en la que podía leerse contra el paro y por la libertad. La jornada estuvo, por lo tanto, marcada por la defensa sindical de la Constitución de 1978 y de las libertades democráticas, así como por las negociaciones ya iniciadas que cristalizarían el 9 de junio en el Acuerdo Nacional de Empleo. En la manifestación de Madrid, que volvió a finalizar en la Puerta de Alcalá, al observar la fotografía de la tribuna de oradores, nos damos cuenta de que los dirigentes políticos habían pasado ya a un muy segundo plano, tanto en la manifestación como en el mitin final. En 1982, el contexto de crisis y desempleo, por un lado, y de amenazas del terrorismo y del golpismo, por otro, volvieron a marcar las consignas de un 1 de Mayo nuevamente unitario.

El deterioro de las relaciones entre CCOO y UGT se hizo patente con ocasión del 1 de Mayo de 1983, fecha en que el PSOE ya había accedido al gobierno de la nación, tras la victoria electoral de octubre del año anterior. Por primera vez desde la Transición Política, las Ejecutivas Confederales de los sindicatos mayoritarios no emitieron un manifiesto común ni un llamamiento conjunto convocando a manifestaciones unitarias. Esta situación se repetiría sucesivamente, en el contexto del apoyo de UGT a la política del gobierno socialista.

La lucha por el empleo galvanizó las conmemoraciones por separado de ambos sindicatos del 1 de Mayo de 1985. En efecto, mientras que la UGT recurrió al eslogan *todos contra el paro*, CCOO utilizó una consigna más amplia: *por la paz, el trabajo y la Seguridad Social*. La cuestión de la paz, una idea fuerza en la historia del 1 de Mayo, estuvo presente en las manifestaciones de esa jornada de 1985 y 1986, convocadas por CCOO y expresaban el rechazo del sindicato a la entrada de España en

la OTAN que por entonces se produjo, tras el referéndum organizado por el gobierno socialista. En 1986 ambos sindicatos hicieron referencia al primer centenario del 1 de Mayo. Así, la UGT eligió el lema *100 años de lucha sindical* para presidir sus actos y CCOO, por su parte, organizó en las fechas previas una serie de coloquios en los que participaron diversos historiadores junto a dirigentes sindicales.

Hasta el 1 de Mayo de 1989 no volvería a aparecer un nuevo llamamiento unitario en el plano confederal de cara a la Fiesta de los Trabajadores. El camino hacia esa vuelta a la unidad estuvo jalonado por diversos episodios que conviene traer a colación. En primer lugar, si bien en junio de 1985 CCOO convocó una huelga general contra el criterio de la UGT para protestar contra la reforma gubernamental de la regulación del acceso a las pensiones, lo cierto es que el sindicato socialista disintió de esa reforma —en los días previos a la huelga la UGT salió en manifestación a la calle, junto a CCOO, protestando contra la citada reforma—. Luego, en las elecciones sindicales de 1986, la derrota de UGT en algunas grandes empresas de carácter emblemático convenció a este sindicato para replantearse su apoyo al gobierno socialista y acelerar su aproximación hacia CCOO.

El 1 de Mayo de 1988 ambas confederaciones sindicales organizaron sus propios actos por separado. Sin embargo, en algunas localidades ya hubo manifestaciones unitarias, tal y como sucedió en Zaragoza, Salamanca, Valladolid, Ávila, Vigo, Lugo, Ferrol o Gerona. Pocos meses después, ambos sindicatos sellaron su reencuentro en la huelga general del 14 de diciembre de 1988. La vuelta a la unidad tuvo lugar sobre la base de la exigencia al gobierno de Felipe González del pago de la deuda social; es decir, reclamaban, ahora que la economía había tomado un curso ascendente, una redistribución que redundase en la mejora de las condiciones de vida y trabajo. Los sindicatos creían estar en lo justo, pues cuando las cosas habían ido

mal, desde el punto de vista económico, los trabajadores habían arrimado el hombro y se habían ajustado el cinturón para salir de la crisis. Aunque formalmente fue una propuesta gubernamental de nuevo contrato de aprendizaje para los jóvenes el motivo de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, tal fue el trasfondo. Como se sabe, la huelga resultó un éxito inapelable y representó la cristalización del rencuentro de los dos sindicatos mayoritarios.

Tras la huelga general del 14 de diciembre de 1988, finalmente, el 1 de Mayo del año siguiente CCOO y UGT volvieron a organizar conjuntamente en todo el país las conmemoraciones de esta jornada. A los actos unitarios se sumó también la CGT, la organización escindida del sindicato anarcosindicalista, la CNT, a principios de los años ochenta del siglo XX. La consigna elegida para presidir las manifestaciones y mítines fue: *Porque ya está bien. Juntos podemos*. La manifestación central, que como de costumbre transcurrió en Madrid, concluyó en la Puerta del Sol en lugar de en la Puerta de Alcalá. Al concluir, intervinieron los secretarios generales de Madrid de CCOO y de UGT, cerrando el acto los secretarios generales de ambas confederaciones, Nicolás Redondo y Antonio Gutiérrez, que había sustituido a Camacho en el congreso que CCOO había celebrado un par de años antes. La unidad sindical fue uno de los ejes de los discursos de los dirigentes sindicales. En la tribuna ya no estaban los secretarios del PSOE y el PCE.

Por otra parte, el 1 de Mayo de 1989 representó un incremento de la participación. Hay que tener en cuenta que la propia prensa sindical había dado datos en este sentido a lo largo de los años ochenta referidos al conjunto del país. Así, calculó ochocientos mil manifestantes en 1986 y seiscientos mil dos años después. Es decir, cifras por debajo del millón de manifestantes que esa misma prensa había ofrecido para referirse a los primeros 1 de Mayo de la Transición política. Entre tanto,

el hecho de que el dos de mayo haya constituido en Madrid un puente con buen tiempo no ha favorecido la participación en la manifestación de la capital.

El carácter unitario del 1 de Mayo se ha mantenido durante la última década del siglo XX y la primera mitad del primer decenio del siglo XXI. Durante los años noventa el empleo ha formado parte del núcleo duro de las reivindicaciones del Día del Trabajo. En ocasiones ha sido para demandar más empleos, justamente. Otras veces, la calidad del mismo ha centrado las preocupaciones sindicales; es decir, han exigido mayor estabilidad del mismo y más derechos derivados. Esto puede verse en los lemas que han presidido las manifestaciones y los actos unitarios. Así, por ejemplo, el 1 de Mayo de 1991 en la pancarta de la cabecera de la manifestación de Madrid podía leerse *Por el empleo y el progreso social*. En 1993, esa misma pancarta decía: *Sin empleo no hay futuro*. Por fin y para citar un último ejemplo, en 1997 la consigna central fue *Ahora empleo estable*. Mientras que en 1992 y 1994 los sindicatos habían organizado dos nuevas huelgas generales, en abril de 1997 —es decir, muy poco tiempo antes del 1 de Mayo de ese año— ambas confederaciones firmaron un acuerdo con la patronal para tratar de ampliar el empleo estable en el mercado de trabajo. Por entonces, un nuevo gobierno del Partido Popular había sustituido al del PSOE. Aquel 1 de Mayo las organizaciones sindicales criticaron la política del nuevo gobierno en materia de sanidad, educación y privatizaciones de empresas públicas.

Puesto que el 1 de Mayo refleja las preocupaciones coyunturales de las organizaciones obreras, una serie de preocupaciones, además del empleo, estuvieron presentes en los discursos de los dirigentes sindicales —en 1994 Cándido Méndez, nuevo secretario de UGT intervino en la tribuna de la Puerta del Sol de Madrid, junto a Antonio Gutiérrez, de CCOO—, en los manifiestos unitarios y en los lemas de la jornada. En este sentido, podemos citar una serie de elementos que permiten vislumbrar

la continuidad de los discursos pacifista e internacionalista en el sindicalismo. En efecto, la solidaridad con el movimiento antisegregacionista en Sudáfrica, con los palestinos o el pueblo salvadoreño, víctima de la dictadura, fue invocada, por ejemplo en 1990. Al año siguiente desde la tribuna de la Puerta del Sol se condenó la primera Guerra de Irak, mientras que en 1999 fueron objeto de repudio la limpieza étnica y la guerra en la ex-Yugoslavia.

Por otro lado, por lo que a los niveles de participación respecta, la prensa sindical puede servir, una vez más, de fuente de información. Así, por ejemplo, *Gaceta Sindical* se refería en mayo de 1991 a centenares de miles de trabajadores manifestándose en toda España. Al final de la década, en 1999, esa misma revista hacía referencia a decenas de miles de participantes. Es decir, si bien no se han construido estadísticas sistemáticas de participación, la impresión que ofrecen los datos periodísticos o las propias imágenes de prensa y televisiones es que, con algunos altibajos muy relacionados con la coyuntura sociolaboral de cada año, el 1 de Mayo ha entrado en una cierta atonía a lo largo de los años noventa del siglo XX. En realidad, se trata de una situación bastante similar a la de los países del entorno europeo en el que se sitúa España.

Con el nuevo siglo, cuando en CCOO accede a la secretaría general José María Fidalgo, los sindicatos han mantenido su preocupación por el empleo, la calidad del mismo y los derechos a él asociados, dentro de un contexto de altas tasas de temporalidad que se sitúan en torno al treinta por ciento. Esa preocupación ha venido hilvanando los 1 de Mayo, uno tras otro. Así, por ejemplo, en 2001 el lema unitario escogido fue *Por el empleo estable, seguro y con derechos*. En 2004, se reclamaba en el manifiesto unitario el *pleno empleo y el bienestar*. Ahora bien, si el empleo se ha situado en el núcleo de las reivindicaciones de los 1 de Mayos más recientes en España, debe consignarse que junto a esta cuestión, elementos muy importantes de

la coyuntura han presidido las manifestaciones y actos de ese día. Así por ejemplo, en 2002 se reclamó la mejora de la prestación por desempleo, ante las amenazas de recorte por parte del gobierno del PP que serían respondidas por los sindicatos con una huelga general en junio. El año siguiente, tras la invasión anglonorteamericana de Irak, apoyada por el gobierno del PP, fue el rechazo sindical a la guerra el asunto que apareció en primer plano. Luego, en 2004, CCOO y UGT se pronunciaron el 1 de Mayo en contra del terrorismo –tras el atentado del 11 de marzo en Madrid– y a favor del proyecto de Constitución Europea al que los españoles darían su aprobación mediante referéndum.

Es casi una obviedad decir que el futuro del 1 de Mayo se halla indisolublemente ligado al futuro del movimiento obrero pues, tal y como hemos visto, no deja de ser año tras año un indicador de las preocupaciones y los objetivos de las organizaciones de la clase trabajadora. Para éstas, el escenario se ha modificado sustancialmente en las últimas tres décadas: reestructuración del estado de bienestar; privatizaciones; deslocalización de empresas, cambios tecnológicos, etcétera. En general, este conjunto de procesos ha debilitado a los sindicatos en el mundo occidental, en la medida en que la precariedad ha ido ganando terreno entre los trabajadores. Y sin embargo, en el marco de la globalización y de las nuevas migraciones de trabajadores, el viejo internacionalismo que representa el 1 de Mayo no sólo resulta actual, sino imprescindible en términos de supervivencia y desarrollo del movimiento obrero. Al mismo tiempo, el impulso de las economías emergentes como China o la India redundará tarde o temprano en el fortalecimiento de la clase obrera y de sus organizaciones independientes en esos países. Los trabajadores, sus sindicatos y el 1 de Mayo tienen por delante numerosos desafíos en este siglo que recién ha comenzado.

BREVE NOTA SOBRE UNA BIBLIOGRAFÍA SUCINTA

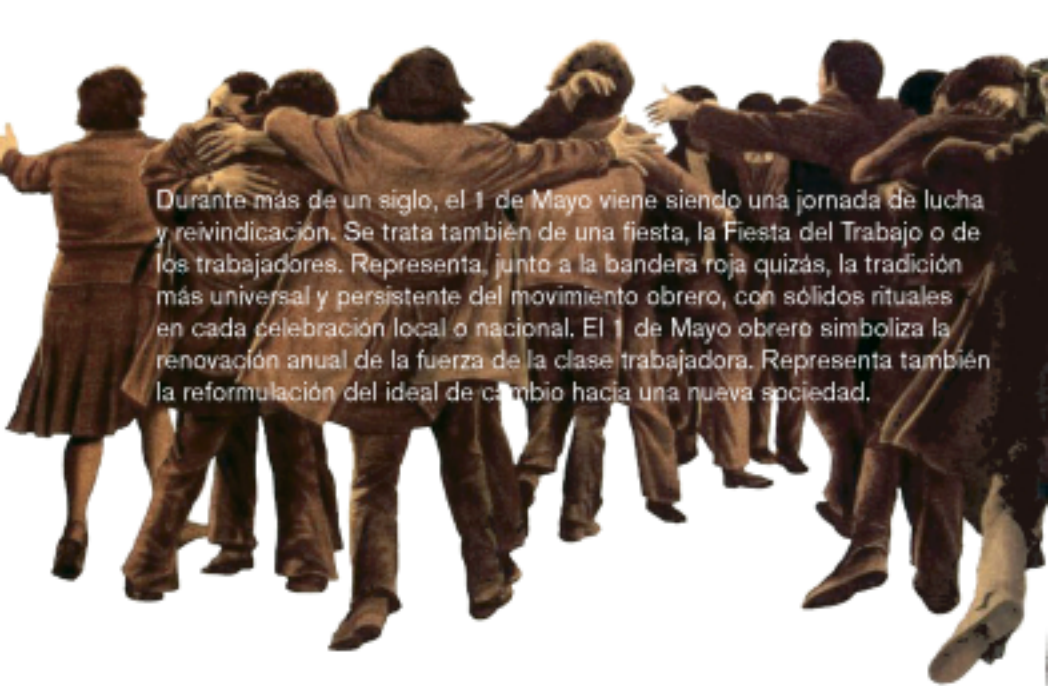
El autor ha tomado como referencia una bibliografía a la que el lector podrá acudir para ampliar sus conocimientos. Así, para la evolución internacional del 1 de Mayo sigue siendo útil un clásico como Maurice DOMMANGET, *Historia del 1º de Mayo*, Barcelona, Laia, 1976. Aunque ofrece una visión general, concentra la atención especialmente en Francia. Como se trata de un libro que tiene ya algunos años –la edición original es de 1953 y la traducción al castellano que hemos citado y utilizado para este estudio data de 1976– tiene el inconveniente de no abordar la segunda mitad del siglo XX.

Para la historia del 1 de Mayo en España desde sus orígenes hasta 1930, nos ha resultado imprescindible la obra de LUCÍA RIVAS, *Historia del 1º de Mayo en España. Desde 1900 hasta la Segunda República*, Madrid, UNED, 1987. A su vez, para el período franquista hemos contado con el artículo de María Dolores DE LA CALLE, “El 1 de Mayo y su transformación en San José Artesano”, en *Ayer*, nº51, 2003, pp. 87–113. Nos ha ayudado a comprender el significado del 1 de Mayo y su dimensión ritual el penetrante análisis de Eric HOBBSAWM, “La transformación de los rituales obreros”, en *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987.

Existen, sin embargo, importantes lagunas desde el punto de vista bibliográfico. No hay, por ejemplo, un estudio en castellano sobre el 1 de Mayo durante la segunda mitad del siglo XX desde un punto de vista general. Para el caso de España falta una monografía consagrada al período de la Segunda República y la Guerra Civil. Por fin, el único medio de conocer el discurrir del 1 de Mayo desde la Transición a la democracia hasta hoy, sigue siendo la prensa, bien la de tipo general o la de carácter sindical.

El autor, como se acaba de sugerir, ha utilizado la bibliografía citada hasta ahora para la elaboración del presente trabajo. Los vacíos bibliográficos han sido suplidos con la consulta de prensa de distintas épocas y diversos orígenes. No obstante, para ser rigurosos, deben citarse aquí algunos estudios más que ayudarán al lector a ampliar sus conocimientos sobre el 1 de Mayo. Todos ellos se refieren a aspectos concretos o bien a periodos y espacios específicos. Así, por ejemplo, resulta de interés el monográfico sobre el centenario del 1 de Mayo que publicó la revista *Estudios de Historia Social* (núm 38–39, 1986), con artículos de Juan Luis GUEREÑA –sobre el internacionalismo y el origen del 1 de Mayo en España–, Carlos SERRANO –sobre *El Socialista* y el 1 de Mayo–, Begoña BALADRÓN –sobre los primeros 1 de Mayo en España– y Lucía RIVAS –sobre el mismo tema que la monografía citada arriba–. Sobre los orígenes y el primer 1 de Mayo, puede consultarse el artículo de Manuel PÉREZ LEDESMA, “Las acciones de masas: el primer Primero de Mayo”, en *El Obrero Consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la Segunda Internacional*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 126–141. Finalmente, a aspectos rituales e iconográficos del 1 de Mayo se ha referido Luis MARTÍN, “Iconografía obrera: imágenes y símbolos visuales del 1º de Mayo en *El Socialista* (1893–1936)”, en *Cincuenta años de cultura obrera en España (1890–1940)*, Madrid, Fundación P. Iglesias, 1994, pp. 35–84.

Si el lector recurre a un buscador de Internet, encontrará abundantes páginas dedicadas a los orígenes de la conmemoración; es decir, a los *mártires de Chicago* y a los congresos de París de 1889. Igualmente hallará referencias a los orígenes del Día del Trabajo en los Estados Unidos que, como hemos visto, se celebra el primer lunes de septiembre. Ocasionalmente, también localizará páginas sindicales y de organizaciones de izquierda consagradas a alguna edición reciente del 1 de Mayo en diversos países.



Durante más de un siglo, el 1 de Mayo viene siendo una jornada de lucha y reivindicación. Se trata también de una fiesta, la Fiesta del Trabajo o de los trabajadores. Representa, junto a la bandera roja quizás, la tradición más universal y persistente del movimiento obrero, con sólidos rituales en cada celebración local o nacional. El 1 de Mayo obrero simboliza la renovación anual de la fuerza de la clase trabajadora. Representa también la reformulación del ideal de cambio hacia una nueva sociedad.